

PRÓLOGO

Era un día cualquiera, un día más, o eso pensaba Delfo. Aquella mañana había sido como otras, se levantó y tras asearse un poco asistió a las clases matutinas de Álgebra, una vez terminada y cuando se acercaba el medio día fue a dar de comer al joven caballo que le asignaron a principios de verano. Un pequeño potro, pura sangre del Sur, totalmente negro y fuerte para su edad. Al llegar, Werino, el encargado de las cuadras le mandó acercarse al río por algo de hierba fresca para los animales, porque ya comenzaba a escasear el forraje. Tendría que darse prisa si quería ir al río y regresar antes del atardecer.

Justo cuando iba a salir, Tristán, “el Sabueso”, le asignó un mastín para acompañarlo, nadie salía de la fortaleza sin escolta y Delfo aceptó con gusto la compañía de aquel animal, todavía sentía escalofríos cuando se encaminaba por el bosque solo.

Si le hubieran ordenado ir a por agua o hacer cualquier otra cosa que implicase adentrarse en la espesura a principios de primavera, cuando llegó, se habría negado fuera cual fuera el castigo, pero pasados unos meses ya se había acostumbrado, además, mientras siguiera las cinco reglas no le pasaría nada, o al menos eso le dijo su tutor Donato.

Una vez recogió dos canastos de esparto y una pequeña bota de cuero llena de agua, salió por una de las portezuelas de la fortaleza, comenzó a recorrer los quinientos metros que le separaban del bosque. Justo en el límite se detuvo un instante, como siempre hacía, miró la fortaleza una vez más, cuatro grandes torres con un fuego encendido en lo más alto flanqueaban a una enorme bóveda rodeadas todas ellas por un primer muro tan alto como veinte hombres y con un ancho por el que podían cabalgar dos caballeros a la vez. La segunda muralla mediría unos siete u ocho metros y era más estrecha, en las esquinas terminaba en una torre de vigía donde cabían dos arqueros, eran seis las pequeñas torres para así cubrir todo el terreno alrededor del castillo, una barbacana cubría el espacio entre las dos murallas. La puerta principal era enorme, de madera gruesa y recubierta de remaches de acero terminados en punta, a su lado

escotándola había dos pequeñas portezuelas, por las que apenas cabía un hombre, por una de ellas había salido. Luego observó el sombrío paraje por el que tenía que adentrarse, aunque visto desde ese lado fuera incluso bello. Arces, Robles, Abetos y fresnos se alzaban ante él, si no fuera por el pequeño camino que tenía delante, por el que apenas cabían dos hombres a lo ancho, no sabría por dónde seguir, ya que por los alrededores solo se veían zarzas y pequeños arbustos, además de numerosas rocas y hierba alta y espesa. Aunque tuviera un caballo solo podría ir por ese camino para llegar al río, pues el animal no podría avanzar fácilmente fuera del sendero.

Se adentró, después de pensarlo, por el camino y comenzó a andar con premura, recordando la primera regla de las Cinco, Cuando caiga la noche nunca se debe entrar ni permanecer en el Bosque Aullante.

Delfo no sabía el porqué de ese nombre, ya llevaba cuatro meses en La Isla (así era como llamaban a la fortaleza de la Orden de la Roca) y todavía no había escuchado ningún aullido ni nada que se le pareciera. De hecho de no ser porque tenía nombre podría llamarse Espeso, Grandioso u Oscuro, pero no sería él quien le pondría otro nombre.

Ya llevaba tres horas caminado, cuando comenzó a escuchar a lo lejos las aguas del Río Grande, antes solo había oído el cantar de los pájaros y el jadeo del gran mastín que lo acompañaba. A lo lejos pudo ver el camino de los Monjes, un camino el doble de ancho y menos abrupto que por el que había caminado hasta ahora. Cruzó por la encrucijada, al hacerlo oyó algo, pero no supo qué, fue como escuchar un débil gemido a su derecha, entre los árboles.

No le dio importancia y siguió adelante, pero cuando se adentró unos pasos más, volvió a escuchar algo, el mastín también pareció oírlo. Se arrepintió entonces de no haberle pedido al Sabueso un perro de cacería en vez de uno de guerra, aunque quizás más tarde no se arrepintiera...

—...uuuff, ufff, uuuff.

Parecían respiraciones lejanas, quejumbrosas, débiles y distantes, no podía saber qué provocaba aquel sonido, quizás sería mejor alejarse, más cuando el mastín comenzó a gruñir, aunque hubiera preferido tener el valor de un gran caballero de la Orden de la Roca, a la que algún día pertenecería (o eso le gustaba pensar), aún no era más que un niño de trece años y comenzó a correr como si lo estuvieran persiguiendo, rápido y sin mirar atrás, hasta que estuvo exhausto y se tuvo que detener para tomar aliento, puso atención y oído...

No escuchó nada fuera de lo normal, solo los latidos de su corazón y su propia respiración. Se tranquilizó, descargó sus dos canastos y comenzó a recoger hierba, sabía que no era aquella la que querría Werino, pero no le importaba, aceptaría una reprimenda, lo único que quería era volver cuanto antes y olvidar esos quejidos.

—¡Si escuchas alguna vez susurros o lamentos en el bosque, corre! —le decía su gran amigo Hilarión—. Porque esos son los alaridos de los hechiceros muertos, de sus espíritus que regresan para vengarse de aquellos que los martirizaron en vida.

—No seas estúpido, solo son leyendas, cuentos para que los niños tengan miedo —respondía él siempre.

Pero si eran solo leyendas, ¿de qué protegían las Cinco Reglas?

Se obligó a dejar de pensar y terminó de recoger la hierba.

Aceleró todo lo que pudo y una vez llenó los dos capachos, se los colgó y ató con cuidado antes de emprender el regreso a la Isla.

Pero antes de comenzar a andar puso oído de nuevo, y algo le heló la sangre, no se escuchaba nada, el sonido de los pájaros al cantar había desaparecido, si no fuera por la cercanía del río, por su respiración y la del mastín, hubiera sido un silencio absoluto. Con algo de temor se puso en marcha, mandó al mastín unos pasos por delante de él y lo siguió.

Se estaban acercando al camino de los Monjes cuando de pronto oyó un llanto o un grito...

—¡Buuuuuuuu!

—¿Qué ha sido eso? —preguntó en voz alta.

Agarró su hoz, lo único que le habían dado con lo que poder defenderse, y se llenó de valor antes de oír de nuevo aquel sonido. Parecía el llanto de un niño, pero ¿qué hacía un niño en el bosque?, iría a comprobarlo, decidió, aunque sin prisas. Se puso a caminar lentamente, sin dejar de poner oído...

—Un pie y luego el otro —decía con voz apagada para caminar con más seguridad.

—¡Gggrrrrr, gggrrrr!

—Tranquilo amigo. —Acarició al perro para tranquilizarlo.

A los quinientos metros dejó de escuchar el lloro, el mastín estaba inquieto y él a punto de echar a correr, pero se mantuvo sereno, al mirar por un claro vio algo, era... una mujer, a unos cincuenta metros de él, no parecía moverse y no había rastro de ningún niño cerca.

—¡HOLA!, ¡hola! —gritó a quien fuera.

No obtuvo respuesta, se acercó haciendo todo el ruido que pudo por si acaso estuviera dormida, pero seguía sin moverse, cuando llegó a menos de diez metros de la mujer vio un líquido rojo que le empapaba las piernas y el suelo a su alrededor, apartó la mirada y fue cuando se fijó en la pequeña criatura que estaba tirada en el suelo.

Lo comprendió todo en aquel instante, los gemidos al cruzar el camino, los llantos al volver, se había comportado como un niño. Si hubiera escuchado en vez de tener miedo no tendría por qué haber huido.

Los dos yacían ahora en silencio, en paz. Se acercó con cuidado a la mujer y le tomó el pulso, mientras lo hacía la observó, tenía el pelo largo y rubio, aunque algo desmarañado, una cara joven, con labios carnosos y rosados, los pómulos le sobresalían lo justo para dar a su cara un aspecto fino y delicado, si no fuera por los ojos apagados que algún día fueron grises o quizás azules, sería muy bella. Se los cerró con la palma de la mano, ya no había vida en su cuerpo. Fue a comprobar si el niño vivía, no, la niña, cuando le cogió las manitas, se movió, estaba todavía unida a la madre con el cordón umbilical, cubierta de sangre. No tenía pelo y era algo regordeta, había heredado los pómulos de su madre o al menos eso creía a primera vista, no parecía débil y no lloraba, algo que no era muy normal en un recién nacido, aunque tampoco había visto muchos como para tener esa certeza.

Cogió algo de hierba de uno de los canastos que había dejado en el suelo y comenzó a limpiarla, tenía los ojos azules clavados en él y no se quejaba nada, era como si ya lo conociese. Cuando acabó de limpiar toda la sangre, tomó la hoz para cortar el cordón, pero la niña se movió y lloró. Soltó la hoz y paró de llorar. Al cogerla de nuevo, la niña volvió a llorar. Miró la hoja y se dio cuenta de que por un lado estaba oxidada, se quedó perplejo y recordó algo que le había dicho su tutor...

—Cuando la hoja de un cuchillo, una espada o una daga está oxidada, hay que tener cuidado no solo con los grandes cortes, cualquier roce puede provocar una infección mayor que con el filo limpio. Y recordad, si tenéis que infligiros un corte lo mejor es que la hoja esté curada por el fuego.

Su hoz estaba oxidada, no tenía una piedra de amolar y no tenía fuego. Pensó en cómo podía realizar un corte limpio y cayó en la cuenta de que tenía dientes, agarró el cordón y cuando le dio un bocado y escupió la sangre, la niña rio y se mostró feliz.

¿Sería posible que la niña fuera consciente del riesgo del óxido?, no, no podía ser tan iluso, no era más que una niña recién nacida, sin duda le habría asustado la hoz y su cara roja le habría parecido graciosa, no tenía que darle más vueltas.

Se quitó la capa que llevaba puesta y envolvió a la niña, normalmente no salía con la capa puesta, pero ese día decidió hacerlo. Hizo un hueco en la hierba del segundo de sus canastos y la depositó allí, tenía que pensar que haría con ella... y con su madre.

No podía cargar con ambas hasta la fortaleza, y tampoco tenía herramientas para enterrar a la mujer. Y después estaba el asunto de la cría. No sabía si la dejarían entrar en la Isla, desde su fundación solo hombres cruzaban sus puertas, pero era un bebé, sin duda por eso no habría problemas.

LA CAÍDA DE LOS TREVORIAN

En cuanto a la madre, si no la enterraba, la taparía con arbustos, para que las pequeñas alimañas del bosque no se la comieran allí mismo, además no había oído que en los últimos tiempos existieran grandes carnívoros que pudieran arrastrarla.

Así que concluyó apartar el cuerpo de los rastros de sangre, taparlo con arbustos y maleza y más tarde volvería para señalar el lugar, con algunos caballeros esperaba. Retiró un pequeño bolso e inició su tarea, cuando la arrastró unos veinte metros, la soltó debajo de un roble donde hizo una señal para recordar el lugar. Antes de ocultarla observó un símbolo extraño tatuado en el cuello de la mujer, una especie de “Y” o una ese a la izquierda y una línea curva a su derecha que envolvían un punto en la parte superior, en el centro.



Se obligó a separarse de ella.

Luego con la hoz cortó unas zarzas y helechos y se los echó en lo alto, confiando que con eso bastara para mantener el cuerpo intacto. También intentó borrar los restos de sangre, esparciendo tierra encima del reguero.

Cuando por fin terminó, recogió el bolso pensando que esa sería la única herencia que le dejaría a su hija. Al ponerlo encima de uno de los cestos volvió a ver el mismo dibujo, lo cerró sin darle más vueltas, se ató los cestos a la espalda después de comprobar que la niña dormía y emprendió el camino de vuelta. No le dio importancia a la imagen del perro junto a la niña, el mastín había permanecido cerca de ella sin gruñir ni emitir sonido alguno.

—Muchos animales se apiadan de las crías de otros —le comentó una vez Antenor, su compañero en clases de Artes de Guerra—. Yo mismo logré criar un gato amantándolo de una perra que dio a luz unos días antes de que el felino naciera.

Comenzó a andar hacia su destino pensando en la mujer que había ocultado, realizando preguntas al aire, como si el bosque pudiera responderse, no sabía si era por el hecho de realizarlas o para tranquilizarse un poco.

—¿Quién era ella?, ¿qué significa ese símbolo?, ¿por qué no pidió ayuda cuando la necesitaba?, ¿a dónde se dirigía?, ¿por qué caminaba en soledad?, ¿me ha visto?...

>>Quizás fuera al monasterio, pero ¿qué iba a hacer una mujer en un monasterio? Sin duda, si necesitara ayuda divina iría a los templos antes que adentrarse en aquel bosque, al menos que buscara a alguien, pero ¿a quién?...

No paraba de pensar y hablar, solo cuando llegó a la encrucijada, donde tendría que ir en dirección a la fortaleza, oyó que alguien se acercaba, eran cascos de caballo y se aproximaban a él rápidamente. Los vio aparecer y reconoció las armaduras plateadas al instante, aquellos soldados pertenecían al ejército real. Eran unos veinte, al frente iba un caballero que llevaba la insignia de capitán, un hombre alto de unos cuarenta años, con la barba espesa, sin yelmo que le cubriera la cara, con ojos estrechos, cejas prominentes y pelo castaño que le llegaba a los hombros, los que lo seguían llevaban yelmos con orificios para ver y en la boca, terminados en punta allí donde debiera estar la nariz. Al verlo se detuvieron frente a él y lo rodearon.

—¡Alto! —ordenó el que iba al mando—. Hola chico. Supongo que serás uno de esos aprendices a caballeros isleños, ¿no?

—Soy aprendiz de los nobles caballeros de la Roca, mi señor —respondió echando una rodilla al suelo y agachando la cabeza, como le habían enseñado en la fortaleza.

—Parece que no le gusta eso de isleños —comentó jocosamente el hombre de su derecha.

—Silencio Trifón —gritó el capitán—, ¿o debería llamarte bufón? ¿Cómo te llamas muchacho?

—Delfo, mi señor.

—Muy bien Delfo, veo que os enseñan bien, por lo menos en cuanto a cortesía se refiere. Yo soy Zenón, capitán de la Guardia Real, comandante de las fuerzas de Occidente, levántate —ordenó—. Seguimos los pasos de una fugitiva, en el pueblo fronterizo nos dijeron que tomó el camino hacia el monasterio, ¿has visto alguna mujer por el camino o algo fuera de lo común?

—Ggrrrrrr, ggrrrrr —gruñó el mastín cuando terminó de formular la pregunta.

—Tranquilo, tranquilo —le dijo al perro mientras lo acariciaba y pensaba una respuesta—. No mi señor —no sabía por qué había contestado eso, pero esos hombres no le daban confianza—. He venido a recoger hierba, he llegado al río y no hay nada fuera de lo habitual, mi señor —no quería preocuparse, pero si la niña se despertaba y comenzaba a llorar no tendría más remedio que reconocer que mentía y en ese cuerpo militar eran famosos por sus castigos.

—Muy bien chico, sigue tu camino, pero ten cuidado si te tropiezas con la mujer, es peligrosa —levantó la vista al cielo—. No deberías quedarte aquí hasta tan tarde, me han dicho que vuestro castillo está a unas dos horas a pie de este lugar y ya está anocheciendo. Quizás nos volvamos a ver pronto Delfo, si no encontramos a la mujer tendremos que pedir ayuda a vuestros guías. ¡Adelante! —gritó y rápidamente pusieron sus caballos al galope en dirección al monasterio.

Antes de que pudiera despedirse ya se habían ido. Suspiró de alivio al ver que no habían sospechado nada, pero entonces cayó en la cuenta de lo último que había dicho el tal Zenón, estaba anocheciendo, miró hacia arriba y calculó que quedarían unas dos horas, tal vez menos, para que comenzaran a verse las estrellas. Si había tardado tres horas en llegar hasta allí, cuánto tardaría en regresar a la fortaleza, comenzó a correr todo lo rápido que pudo por el camino que llevaba a la Isla.

Al cabo de media hora se encontraba exhausto de tanto correr, estaba cayendo la noche más rápido de lo que creía, tenía que darse prisa o rompería la primera regla, y no sabía que supondría eso, ¿un castigo después de una reprimenda?, ¿la expulsión de la Orden? O quizás algo peor, le habían dicho el primer día que solo podrían romper las reglas cuando fueran nombrados caballeros, pero aun así no lo aconsejaban ni después de su nombramiento, por su bien y por el bien de sus almas. Hilarión le comentó que solo se lo decían para amedrentarlos, aunque no sabía si creía a su amigo o a los guías de la Orden. Dejó de pensar en eso y siguió caminando todo lo rápido que le permitían sus pies.

Cuando llevaba alrededor de una hora caminado la niña despertó y comenzó a llorar y por si no fuera suficiente, el perro empezó a ladrar y a gruñir a su espalda, miró al firmamento y vio la primera estrella, la estrella de la noche, como la llamaban en su aldea por ser la primera de muchas en aparecer. Intentó calmar a la niña y al perro con una nana que recordaba de cuando su madre se la cantaba, a pesar de que no se sabía toda la canción, cantó en voz alta.

*Duerme mi niña,
descansa tranquila,
aquí estará mamá,
hasta el fin de los días.*

Lo repitió otra vez y se dio cuenta de que no cantaba para que la niña durmiera o el perro callara, sino para pensar en otras cosas.

Al terminar una cuarta estrofa se oyó un sonido que no había oído hasta entonces, aaaaauuuuu, aaaaauuuuuu, su mastín quedó paralizado un momento y luego siguió adelante. Era un aullido, había oído decir a los mayores que

hacía décadas que no había lobos por esa zona, pero no podía estar errado, ahora sí sabía lo que había escuchado.

Dejó de nuevo de pensar y emprendió una carrera, ya no era consciente del tiempo que había transcurrido desde que dejó a los hombres, pero le comenzaba a costar trabajo andar y cada vez veía peor los baches del camino. Tropezó en uno y estuvo a punto de caer, asíó el canasto de la niña y se detuvo un instante a observar su alrededor, era de noche, noche casi cerrada. Había roto la primera de las reglas.

—¡Guau!, ¡guau!, grrrrrr —ladró el mastín a sus espaldas.

Ni siquiera se atrevió a mirar atrás, hacia donde el perro había ladrado. Marchó hacia delante, esperanzado en que ya le quedara poco para llegar al tramo sin árboles antes de la entrada a la fortaleza. A los veinte metros vio algo entre las sombras de los árboles, algo que no reconocía, pasó rápido, a unos cincuenta pasos, una forma blanca más grande que un hombre, incluso que un caballo. Apareció por su derecha y desapareció a su izquierda.

Sacó la hoz de su funda, miró al mastín que se había colocado tan cerca de él que casi lo rozaba, parecía tener tanto miedo o más que él (algo raro en los mastines, pues se decía que los mastines de la Isla eran los seres más valientes y leales del mundo conocido). Comenzó a avanzar más lentamente de lo que le hubiera gustado, para intentar no hacer ruido y así no llamar la atención sobre ese animal o lo que aquella figura fuera.

La niña seguía dormida y él intentaba ser lo más silencioso que podía, no sabía el tiempo que había pasado desde que anocheciera, pero eso ahora no le importaba, estaba rodeado por una oscuridad total, si había luna, él no podía verla. Lo único que ambicionaba ahora era regresar a la seguridad de la fortaleza.

Había avanzado bastante desde que divisó esa sombra blanca, o eso quería creer, sin mirar nunca hacia atrás. Se percató, cuando parecía que no iba a llegar nunca, de que podía divisar a unos cien metros un claro que dejaba ver el erial entre el bosque y la fortaleza, que también se divisaba a lo lejos, parecía un gigante de ojos y pelo llameante al fondo del camino, pero también avistó algo más aterrador...

El mastín también pareció verlo, se acercó a su pierna y comenzó a gruñir. Era una visión terrorífica, en el lado izquierdo del camino justo al final del bosque se detuvo un monstruo blanco descomunal que lo miraba fijamente, sin hacer ningún movimiento ni ruido, y su mirada... dos ojos grandes que brillaban en la oscuridad, rojizos como la sangre y en su centro, anaranjados como el fuego.

Retrocedió un poco, lentamente para no sobresaltar a aquel extraño animal, pero algo se movió a su espalda a lo lejos, algo que no pudo reconocer. Debía intentar hacer algo, pero ¿el qué?, quizás salir corriendo a su derecha, por el bosque, o hacia atrás. Pero no, tenía que llegar a la Isla como fuera y ninguna de esas dos opciones era la mejor para hacerlo.

Agarró su hoz con fuerza, acarició al mastín y se dirigió a él como si fuera una persona.

—Lo siento chico, pero ahora me tienes que salvar a mí y a nuestra pequeña, solo necesito el tiempo suficiente para salir de la espesura y hacerme ver a los guardias —lo volvió a acariciar—. A él, ataca, atacaaaa —azuzó Delfo, mientras, él comenzó a correr todo lo rápido que podía.

El perro se abalanzó sin dudar contra su presa, o mejor dicho contra su depredador...

Delfo vio cómo la bestia, al ver al mastín, marchó en su busca, dejó de mirar, pero se oyó un ladrido quejumbroso y luego un chillido que hizo que cerrara los ojos y corriera más aún. Cuando los abrió le quedaba muy poco para llegar al claro, pero antes de poder relajarse algo saltó por encima de él tirándolo al suelo, arañándole el cuello y tirando las dos canastas que llevaba colgadas. Vio con más claridad a su atacante, era una especie de felino de unos tres metros de alto y cuatro de largo, salvo por sus ojos era totalmente blanco, su cola era larga y la movía nerviosamente de un lado a otro.

Se volvió para mirarlo, mientras, él se levantó y agarrando su hoz e interponiéndola delante de él quiso impedir que el animal lo atacara. Miró las cestas y localizó a la niña fuera de una de ellas, justo detrás de él. Rezó para que no llorara ni gritara, si no podía salvarse, por lo menos esperaba que encontraran a la niña cuando fueran a buscarlo al día siguiente.

El felino abrió sus fauces enseñando unos inmensos colmillos, comenzó a dar una vuelta al chico sin perderlo de vista, como si estuviera estudiándolo. Supo que en cualquier momento atacaría, lo estaba tanteando, había visto hacer lo mismo a los gatos en su aldea cuando jugaban con una presa.

Así y como si él fuera un simple roedor, sin previo aviso lo atacó, lanzándose contra él, intentó tirarle un tajo, pero el animal le quitó la hoz de un zarpazo, cayó al suelo y notó que algo espeso y caliente le recorría por el brazo y por la pierna derecha, cuando intentó ponerse de pie sintió un dolor agudo, no solo en una pierna, sino en las dos.

No pudo levantarse, solo recostarse. Se le empezó a llenar la cara del mismo líquido que la pierna y el brazo. Este sería su final, nunca llegaría a ser ningún caballero...

Pero una imagen le hizo dejar de pensar en su muerte, el animal se dirigía a la cesta de la niña, olfateando poco a poco, no podía dejarla en manos de aquella fiera.

—¡Argggaahhh! —gritó, pero era inútil, nada podría espantarlo.

Otro movimiento a su izquierda captó su atención, el mastín, ensangrentado, no paraba de enseñar los dientes mientras se arrastraba hacia el felino, sus gruñidos parecían más una súplica que una amenaza, pero con todo el perro estaba intentando atacar al monstruo. Se volvió al

otro lado mientras las fuerzas se le agotaban, le pareció ver a otra de esas bestias, no, pudo distinguir dos más, tres felinos más acercándose a ellos, mientras el primero abría las fauces sobre la cesta, que afortunadamente estaba vacía, pero pronto llegaría a la cesta de la niña y él no podría impedirlo.

Intentó realizar un último esfuerzo, sin poder usar sus piernas para caminar alargó su brazo todo lo que pudo para asir la hoz del suelo. No pudo levantarla, una pata de una de las bestias evitó siquiera que pudiera moverla. Le sacó los dientes y lo atacó. Delfo cayó en un sueño negro y profundo del que quizás nunca volviera a despertar.

EL DESPERTAR

Logró abrir un ojo, el izquierdo, e intentó abrir el derecho después, pero no pudo. No veía nada, solo había oscuridad, volvió a cerrarlo y cayó de nuevo en un sueño profundo.

Se vio andando de nuevo por el bosque, con tranquilidad, bajo la luz de la luna, pero de pronto perseguido por un gran perro, corría y corría, pero no se alejaba de él y en lugar de llegar al final del camino, éste se iba haciendo cada vez más grande y más largo, miró hacia atrás, el mastín abría la boca, desproporcionada para su tamaño, los dientes se transformaron en espadas, y lo atravesaron, primero por la pierna, luego por el costado y al final por los ojos... gritó todo lo que pudo... y una vez más le llegó la penumbra.

Despertó, se levantó de un lecho de lana y se encaminó hasta la puerta, la habitación no tenía ventanas y solo había un pequeño candil que iluminaba la estancia. Estaba completamente desnudo y se sentía extrañamente ágil, asió el picaporte y lo movió, pero la puerta no se abrió, empujó y le dio patadas, pero la puerta siguió cerrada...

—¡Ela, Elaaaa! —gritó, no sabía por qué había gritado ese nombre, no pudo reconocer a la persona a la que pertenecía. Miró entonces hacia abajo y notó que se acercaba alguien a la puerta con una luz blanca que comenzó a cegarlo, la puerta se abrió y entró una mujer muy bella, desnuda, rubia, de pelo largo, rasgos suaves, sus pechos eran redondos y turgentes. La miró a los ojos, éstos eran rojos, brillantes, aterradores. La mujer abrió la boca, la abrió más y más, se fue transformando en un monstruo blanco con grandes colmillos vagamente familiar, saltó hacia él con la boca abierta y notó un gran dolor en la espalda. Se miró el abdomen, un reguero de sangre le corría desde el pecho... gritó, esta vez más alto y más fuerte, gritó...

—Aaahhhggg.

Abrió el ojo izquierdo e intentó reincorporarse, pero una mano se lo impidió, era grande y oscura...

—Tranquilo Delfo, ha sido otra pesadilla —dijo una voz que reconoció como la de Velaro, el Protector—. No intentes incorporarte, estás muy débil. Posiblemente tengas varias costillas rotas. No intentes abrir ni tocarte el ojo derecho, lo tienes muy dañado, intenta volver a dormirte —le informó el guía.

—P-pero... p-pero tengo que salvarla, no me puedo d-dormir... tengo q-que... q-que —no podía seguir hablando, no le salían las palabras.

Velaro le puso algo en los labios, estaba muy dulce, parecía miel, lo bebió y dejó caer la cabeza, comenzó a dormirse mientras escuchaba a Velaro hablar con alguien...

—¿A quién tenía que salvar? —le preguntó.

—Creo que se lo deberías preguntar a Werino y a Néstor, ellos lo encontraron...

Volvía a estar en el bosque pero esta vez era de día y tenía a la misma mujer delante, vestida con ropajes negros de mala calidad, lo miraba a los ojos, no eran rojos sino grises...

—¿Dónde está mi hija, asesino?, ¿dónde está? —gritó la mujer.

—N-no soy un asesino... y no sé dónde está —le respondió entre tartamudeos.

—Tú la secuestraste, me la quitaste de los brazos y luego acabaste con su vida.

—No, no te la quité, yo solo, yo... yo solo quería salvarla.

—Mientes, eres como todos los hombres que se hacen llamar caballeros, no eres capaz de proteger a nadie, solo sirves para segar vidas.

—No, yo la protegí, hubiera muerto yo en su lugar...

—No me mientas, tú querías salvarte sin importarte el precio que te costara, eres un asesino, asesino, ¡ASESINOOOOOOO!

Se despertó, estaba sudando, abrió una vez más el ojo que no tenía cubierto, estaba solo, una tenue luz entraba por la ventana, miró a su alrededor y reconoció su habitación, era pequeña, con una cama que no era más que un tablón de madera con un colchón de lana, a su lado había una mesa con una jarra y un vaso, escoltada por una silla y un mazo para sentarse. Al fondo, una estantería con unos cuantos libros y cajones donde guardaba su ropa, en el suelo descansaban una espada de madera, un arco que parecía de juguete y una lanza de madera sin punta.

Levantó la mirada y miró a la ventana, en el cristal pudo ver el reflejo de su cara, tenía tres grandes surcos que iban desde el lado izquierdo de la frente hasta la oreja derecha cruzándole el ojo derecho, tenían muy mal aspecto, por el centro estaban en carne viva y recubiertos de costra por el

resto, se pasó los dedos por las heridas, sin duda había estado a punto de perder el ojo. En ese momento, la puerta, de madera de roble, se abrió y pudo ver cómo entraban dos chicos, uno con el pelo totalmente negro, alto, con una cara ancha y fuerte al igual que el resto de su cuerpo, con unos pómulos grandes y un entrecejo prominente, con unas cejas pobladas, era Hilarión, seguido por Lungard, más pequeño con cara afilada y corriente, delgado, con el pelo raído, parecía más su criado que su compañero. Al verlo despierto sus semblantes se volvieron alegres.

—Está despierto —se sorprendió Lungard.

—Eso parece, rápido ve a buscar a Velaro —mandó Hilarión.

Lungard se apresuró y salió corriendo por donde habían venido, Hilarión entró, cogió una silla y la acercó al lecho.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Hilarión—. Por fin te has despertado, nos creíamos que no volverías con nosotros.

—¿Qué ha pasado? ¿Cuánto he dormido? —preguntó él con la boca seca.

—Lo que pasó me lo tendrás que explicar tú, han pasado tres meses desde que apareciste en el bosque, todo ese tiempo lo has pasado dormido...

—Más que dormido, en un letargo febril —interrumpió Velaro desde el umbral de la puerta—. En otros tiempos habríamos acabado con tu vida, incluso en éstos, si no eres noble y has entrado en ese sueño, pero por suerte tu vida le pertenece a los caballeros de la Roca.

>>Ahora que estás despierto tienes que intentar comer algo para reponer tus fuerzas, te hemos alimentado como hemos podido, haciéndote tragar miel, leche y otros líquidos, pero aun así has perdido mucho peso. Desde que despertaste al segundo día, no lo has vuelto a hacer, así que hay que aprovechar.

>>Hilarión, ve a las cocinas y diles que preparen un caldo de pollo, que calienten un poco de pan y que lo traigan aquí de inmediato, ah, también coge algo de fruta, vamos, Lungard, cierra la puerta y déjanos solos un momento.

—Como ordene, mi señor —dijeron al unísono Hilarión y Lungard antes de marcharse.

—¿Qué pasó?, ¿quién me salvó?, ¿sobrevivió la niña o el perro?, necesito saberlo —dijo suplicando Delfo.

—No eres tú quien tiene que preguntar, nosotros tenemos muchas preguntas para ti, pero no te preocupes, todo a su debido tiempo. Ahora no es momento de hacerlas ni de responderlas. Tienes que intentar recuperarte, una vez te encuentres mejor se os convocará a ti, a Néstor y a Werino a una audiencia privada con los tres guías y los cinco caballeros que están aquí en este momento para que contéis lo que recordáis de aquel día. Hasta entonces se te prohíbe hablar de nada concerniente a ese asunto con ninguno de tus compañeros. ¿De acuerdo?

—¿Por qué me castigáis?, no he hecho nada malo, ¿podré volver al menos a mis clases una vez esté bien? —preguntó con algo de temor por la posible respuesta del guía.

—Para empezar no es un castigo, aunque sí que te lo podríamos imponer, ya que rompiste la primera de las cinco reglas, o ¿ya no las recuerdas?, te quedaste una noche en el bosque, así que la incumpliste. Las reglas solo las pueden romper los caballeros de la Roca y que yo sepa aún no eres más que un crío, además de olvidadizo, insolente por lo que veo.

—Perdón, mi señor Protector, no había sido mi intención —se disculpó Delfo.

—Recuerda lo que te he dicho hoy. En cuanto a lo de tus clases, no puedes asistir en ese estado, pero sí que puedes estudiar, mandaré que te traigan más libros, así podrás recuperar todo lo que te has perdido.

Al terminar de hablar, Velaro se volvió hacia la puerta por la que entró Hilarión con una bandeja en la que había un cuenco con sopa, una pieza de fruta y un mendrugo de pan.

—Hilarión, ve a la biblioteca y trae un ejemplar de *Curación en tiempos de guerra* y *Letargo febril* del monje Leopol, así Delfo comprenderá más su enfermedad y podrá recuperarse antes.

—Sí mi señor, como ordene —contestó Hilarión.

—Una cosa más, cuando bajas avisa a Kasib y dile que lo quiero ver enseguida.

El chico salió por la puerta sin hacer preguntas.

—Volveré por la noche cuanto tenga que cambiarte las vendas y administrarte un ungüento cicatrizante. Y recuerda, no hables con nadie de lo que pasó en el bosque.

—Como vuestra merced quiera —respondió Delfo mientras veía salir a Velaro de su habitación.

Más tarde Hilarión subió con dos libros pesados, no le dirigió la palabra, se los dejó en la mesa y se fue sin despedirse. Detrás de él llegó Kasib, era dos palmos más alto que Delfo, sin duda porque era dos años mayor que él, de piel negra, pelo rapado y con una pelusilla que le crecía en la barbilla y las patillas. Como sabía, Kasib era silencioso, no hablaba con nadie salvo con su hermano Adham, que era igual de callado, según le había contado Antenor, los hombres de Borvantú no tenían por costumbre conversar mucho y los niños no podían dirigir la palabra a nadie que no fuera de su sangre hasta que no cumplían los veinte años, la primera palabra se la dirían a la que fuera su esposa o en su defecto rezarían a su Dios y solo entonces hablarían con el resto del mundo.

Sin duda Velaro se quería encargar de que no hablara con nadie.

Acabó con la comida y le pidió agua a Kasib, éste le trajo una jarra, recogió la bandeja y lo dejó solo. Se sentía muy cansado, así que se recostó y durmió.

Los días se sucedieron y la monotonía se instauró en la vida de Delfo, aprendía a vendar heridas, a lavarlas y a cómo hacer que éstas no se infectaran, todos los cuidados que venían descritos en los libros eran para cortes y amputaciones provocados en alguna batalla de las antiguas guerras, todas descritas por un monje que acompañaba a uno de los bandos y que se ocupaba de escribir en un diario el trabajo de los médicos de campaña, también recopilaba las diferentes enfermedades que iban contrayendo los soldados. La lectura aunque le ofrecía algo de distracción era bastante aburrida.

Solo a la hora de las comidas veía a algún sirviente, que al igual que Velaro y los demás no respondía a sus preguntas a no ser que éstas no tuvieran nada que ver con la noche en la que estuvo a punto de morir.

Le contaron que el invierno no había sido muy frío y la primavera estaba siendo buena en cuanto a tormentas se refería, las cosechas crecían a buen ritmo y se esperaba recoger unas de las mejores de los últimos años. Los animales que habían traído consigo estaban bien alimentados, aunque alguna de las ovejas serviría de alimento para los animales del bosque pues se les habían descarriado un par en el camino hacia la fortaleza.

En cuanto a sus compañeros, todos seguían yendo a las clases, seguían quedando quince contándolo a él, Hilarión junto con Urok eran los aventajados en el manejo de las armas, Antenor, Tubal y Lungard los primeros en ciencias y artes de guerra, y en la sanación eran Mansón y Nicanor los que llevaban ventaja. Según Velaro, Reufa era el único que tenía problemas y estaba por detrás de los demás en casi todas las disciplinas. De los nueve alumnos que habían llegado cinco años antes que él, ya solo quedaban siete, uno se fue nada más comenzar el invierno y otro a comienzos de primavera.

Los sirvientes también eran los que le contaban los progresos de sus compañeros, a los que no veía desde que fue al bosque, exceptuando a los que vio el día que despertó.

Pasó un mes hasta que Donato fue a visitarlo, no había cambiado desde la última vez que lo vio, tenía el pelo corto, canoso, la cara llena de arrugas que hacían que aparentara unos sesenta años, algunos más de los que tenía, llevaba puesta una túnica negra con capucha y cargaba con un ejemplar de *Emboscadas*, escrito por el Segundo Gran Guerrero de la Orden. Delfo no recordaba a Donato sin un libro bajo el brazo, salvo cuando comía y algunas eran las veces en que lo hacía a la vez que leía algún manuscrito. Pudo saber poco después el motivo de su visita, venía a verlo y a comunicarle cuándo sería la vista para aclarar lo que sucedió aquella noche en el bosque.

Nada más entrar, observó la habitación, se sirvió un poco de agua y se sentó junto a la mesa, donde Delfo estaba leyendo sobre su letargo.

—Veo que estás mucho mejor —dijo a modo de saludo—. Y que no desaprovechas el tiempo.

—Sí, me estoy recuperando, señor, además me estoy aplicando un unguento cicatrizante que yo mismo he hecho con aloe vera, limón y leche, aunque la receta la saqué del libro que me mandó leer Velaro —respondió él con educación.

—Si sigues sus consejos no te quedarán prácticamente secuelas. Cuando se es tan joven como tú las heridas se curan antes.

—¿Para qué ha venido señor?, ¿cuándo me juzgarán? —preguntó al que fuera su tutor, impaciente por saber las respuestas a las preguntas que se hacía desde hacía tiempo.

—He venido a saber cómo estaba mi pupilo, pero también a ver si estabas curado para poder asistir a lo que tú llamas un juicio, pero que no lo es. Delfo, ya sé que Velaro no es precisamente muy suave a la hora de dar noticias, pero solo quería lo mejor para ti.

—Pero me ha prohibido ver y hablar con los demás y no me dice nada de lo que ocurrió cuando me encontraron —se quejó.

—Eso ha sido por tu propio bien, él solo quería que los demás no te llenaran la cabeza con historias inventadas ni leyendas absurdas. Queremos que nos digas qué viste y qué sucedió, solo eso, lo que tienes que saber es que todas las cosas necesitan un tiempo con el que madurar.

—Si usted lo dice.

—Sí, lo digo —contestó Donato sin acritud, pero con seguridad—. Como estás bien, te aviso que mañana vendré al amanecer, iremos al comedor a desayunar y luego iremos al salón de reuniones. Vete a la cama pronto, mañana será un día largo —terminó diciendo mientras se levantaba de la mesa y salía por la puerta.

Delfo puso el libro que había estado leyendo en la estantería, no le quedaban ganas de seguir estudiando y aunque Donato le insistiera en que no lo iban a juzgar, él pensaba todo lo contrario. Fue a la ventana y se quedó mirando el patio, algunos alumnos practicaban con la espada y el escudo, mientras, en las murallas cerca de la puerta, Néstor encendía hogueras a su alrededor. Mañana lo vería y podría saber cómo lo rescataron él y Werino.

Pensó en la posibilidad de volver algún día a sus clases con sus compañeros, si llegaba tal ocasión, llegaría a ser un gran caballero que defendiera a una aldea o que entrara en combate con alguna bestia del bosque, no había cosa que deseara más, crecer y volver al bosque siendo un hombre, con la lanza, el arco, la espada y el escudo forjados con el mejor acero, perseguir a una de esas cosas, acorralarla y acabar con su vida.

Recordó los tiempos antes de que su padre lo mandara junto con su hermano a presentarse a las pruebas para ser caballero de la Roca. Egar, su pequeña aldea, en la provincia de Arbina, situada a orillas del río Grande, se alimentaba de sus aguas para producir inmejorables cosechas de cereales, su

única defensa eran unas empalizadas de madera y por supuesto los caballeros de la Orden de la Roca que estaban destinados allí. Recordaba a sus hermanos, Herald, el mayor, Cástor, un año mayor que Delfo, Alegría, su hermana un año menor, a su padre y a su madre. Sus hermanos, su padre y él se encargaban de sembrar, cuidar y recolectar la cebada de una parcela de unas cuatro fanegas de tierra, mientras ellos se ocupaban de las labores propias de la tierra, su madre y su hermana se encargaban de la casa, de coser prendas que luego podían vender y de recoger un poco de pan y cerveza para cuando ellos regresaran comer todos juntos alrededor de la chimenea. En el tiempo libre su padre y su hermano mayor le enseñaban a acechar conejos, liebres y perdices, a hacer trampas y a cuidar de sus dos mulas. También echaba de menos lo que más le gustaba hacer cuando tenía tiempo libre, perseguir la patrulla de los caballeros del bosque, los veía con sus armaduras y sus armas, siempre tenían buenas palabras para los campesinos, Vanor, el comandante de Egar, con su pelo dorado le daba consejos cuando lo veía y le decía que él llegaría algún día a ser el comandante de su aldea para así protegerla de los peligros del bosque. Recordó cómo cuando iba a cumplir los trece años su padre lo mandó junto con Cástor a las pruebas, que se realizaban cada cinco años, para seleccionar a los próximos alumnos en la Isla.

Las pruebas fueron sencillas, los hicieron correr para comprobar su resistencia y velocidad, los animaron a que saltaran y les preguntaron sobre la cultura de su tierra, no solo sobre Arbina, sino sobre su continente, El Yermo y sobre las siete provincias de éste, Arbina, El Valle, Las Cunas, Costa Dorada, Promonto, El Bosque Aullante y Aquel Lado. También les hicieron preguntas sobre los otros dos continentes, Borvantú y Deancar. Todo fue como les advirtió Herald, que había hecho el examen un lustro antes que ellos. De los cincuenta participantes solo quedaron tres, Cástor no las superó, pero se alegró enormemente de que él sí lo hubiera conseguido.

Más tarde tuvo que despedirse de toda su familia, eso fue lo más duro, Herald le dio una pelliza para cuando llegara el invierno, Cástor unos guantes de piel de nutria, su hermana una camisa de algodón que ella misma había tejido, su madre se despidió entre lágrimas dándole el libro con el que lo había enseñado a leer, una vez se despidió de todos ellos, su padre lo acompañó hasta el herrero de la aldea y le regaló un puñal que compró con las monedas de la cosecha anterior.

—Hijo, toma esto, el herrero le ha grabado las iniciales de nuestra familia H.d.E., Heraldos de Egar. Consévalo, es muy valioso, pero es más seguro que llevar oro encima. Si no tienes más remedio, véndelo, si no espero verlo de vuelta cuando vuelvas siento todo un caballero.

—No temas papá, no tendré que venderlo, cuando vuelva traeré el doble del dinero que te ha costado —le contestó Delfo entre sollozos.

—No tienes que traer nada, esto es por lo que me ahorro en tu comida —respondió su padre en tono de broma pese a que estaba visiblemente emocionado—. Anda, corre hacia tu destino y no temas al fracaso, ya has conseguido mucho más que la mayoría.

Cuando llegó a la plaza lo montaron en un carronato tirado por mulas en el que iban sentados los otros dos que habían superado las pruebas rodeados por sacos de cebada, frutas y dos toneles de cerveza.

Tras una semana de viaje llegaron a la villa más cercana al Bosque Aullante por aquella vertiente, Puente del Río, allí les volvieron a hacer las pruebas junto con cien aspirantes más venidos de todas las ciudades y aldeas de Arbina, solo quedaron él y Tubal que venía de una ciudad al sur, cerca de Las Cunas, los dos únicos que consiguieron superar las pruebas de admisión de su provincia. Una vez allí, todos los caballeros menos dos regresaron a sus aldeas con los que nunca llegarían a ver la Isla.

Después de abastecerse, se encaminaron hacia la Isla, justo al entrar en el bosque se unieron veinte hombres con comida, vino, cerveza y animales, los cuales serían los sirvientes hasta el final del verano, cuando volverían a sus casas. Cuando llegaron a la Isla, unas ocho horas más tarde, se encontraron con veintidós niños más que venían de todas las provincias de El Yermo, incluso había dos de Borvantú. El primer día se marcharon dos, eran hijos de nobles, Teodor y Ambrosio, al ver sus habitaciones se fueron diciendo que ingresarían en el ejército real, allí se los trataría como lo que eran, nobles, no como esclavos hacinados en una ratonera.

Durante la primera semana tres más desistieron, al terminar el primer mes ya solo quedaban dieciocho y al comenzar el segundo, otro más se fue. Uno más se tuvo que ir al ser herido en una pelea, también se expulsó al otro, la violencia entre ellos no estaba permitida. Por lo que al comenzar el verano ya solo quedaban quince.

Sus dos mejores amigos, Hilarión, de Las Cunas, y Antenor que venía de Costa Dorada, Lungard, Balvino y Reufa de El Valle, Elvio hijo de un noble de Costa Dorada, Zoilo, Mansón y Nicanor, todos de Promonto, Tubal de Arbina, Cancio de Ostaloc, Adham y Kasib de Borvantú y Urok, un chico albino que aunque se presentó a las pruebas en una ciudad de Las Cunas decía que no había nacido en tierra alguna, simplemente cayó del cielo de manos del mismísimo Dios, aunque según se decía, su padre lo abandonó al ver el color de su pelo, un niño con la cabeza blanca traía mala suerte a la familia y normalmente era repudiado nada más nacer.

Cuando dejó de pensar en todo el camino y lo que había dejado atrás para llegar hasta allí, cayó en la cuenta de que ya era de noche. Apagó la mecha del candil y se acostó.

A la mañana siguiente, llamaron a su puerta, se puso la camisa que le había regalado su hermana, unos pantalones de cuero, unas botas y cogió una capa por si tenía que salir al patio, todavía hacía frío por las mañanas según le habían contado. Salió y se encontró con Donato.

—Buenos días, Delfo —saludó.

—Buenos días, señor.

Se encaminaron por una escalera que bajaba de las dependencias de los alumnos, era ancha y de mármol, según les contó Donato estaba construida de mármol y granito traídos de Deancar, todas las escaleras, dormitorios y salones fueron fabricados con los mejores materiales y por los más famosos constructores del Imperio, pues el que lo mandó levantar fue el primer rey Tanios Trevorian de Feghi, y aunque nunca llegó a habitar entre sus muros, supervisó toda la obra desde Ostaloc.

Pasaron por las puertas de las clases y llegaron a una sala donde se recibía a las visitas más ilustres, doce columnas escoltaban por ambos lados a una gran mesa donde se podrían reunir trescientos caballeros, presidiendo la mesa un gran trono de piedra y rodeando las paredes colgaban retratos de todos los reyes desde el primer rey Tanios y de todos los guías que había tenido desde entonces la Orden de la Roca. Continuaron por una puerta que daba a un pasillo estrecho por el que no cabían más de dos personas a lo ancho. Al final del pasaje se encontraba la puerta al comedor, todavía vacío salvo a excepción de un cocinero y tres sirvientes.

Donato y él se acercaron a una mesa y pidieron el desayuno, allí todo el mundo comía lo mismo, no existía distinción entre caballeros, maestros, sirvientes y alumnos. El desayuno constaba de una tostada con aceite de oliva proveniente de Las Cunas, tomate y miel traídos de El Valle, acompañada por un vaso de leche de vaca.

Un sirviente les trajo una bandeja a cada uno, cuando empezaron a comer, las puertas se abrieron de nuevo, entraron poco a poco los alumnos más antiguos seguidos por cinco caballeros, los que habían acompañado a los carros de comida y que partirían pronto hacia las aldeas, villas y ciudades de donde partieron al final del invierno. Siguiendo a éstos entraron Velaro y el maestro de armas y tercer guía de la Orden de la Roca, el Guerrero, Nakko, de unos cuarenta años, corpulento, cercano a los dos metros de altura, de pelo castaño recogido en una pequeña coleta en la nuca y con barba de unos días que siempre llevaba recortada. Se sentaron justo detrás de él, enfrente de Donato. Entraron también el resto de sirvientes y los encargados de cuidar las distintas partes del castillo, Tristán, encargado de las perreras, Werino, de los establos, Honorato el herrero, Lorenzo el bibliotecario, el único que faltaba era Néstor que se encargaba de la vigilancia. Tras ellos pasaron sus compañeros que al verlo torcían el cuello para mirarlo, Delfo no sabía si era por alegría, por pena o por repulsión a las heridas en la cara. Todos lo saludaron desde sus mesas, pidieron algo de comer y hablaron unos con otros, él los envidiaba por eso, podían seguir

con sus vidas como si nunca hubiese sucedido nada, sin embargo él tendría un juicio después de desayunar y posiblemente implicaría su expulsión o como menor problema un castigo por romper una de las Cinco Reglas.

Al pensar en aquello se le revolvió el estómago y no pudo seguir comiendo, su gesto seguramente describía sus sentimientos, pues Donato se quedó mirándolo.

—Tienes razón, quizás sea mejor ayunar. Siempre que sobreviene un recuerdo doloroso el apetito se marcha y hasta que no desaparece el dolor no vuelve más que tímidamente —le dijo.

—Será culpa de los nervios, maestro —respondió él algo inseguro.

—No te preocupes Delfo, hasta los reyes, en sus vidas gloriosas, han tenido momentos en los que la comida no apetecía.

Sin saber qué responder, Delfo bebió la leche que le quedaba y fijó su vista en el plato.

Donato apartó el suyo y llamó a un sirviente para que se lo llevara. Miró a Velaro y a Nakko y asintió. Delfo miró hacia atrás y vio cómo éstos les hacían el mismo gesto a los caballeros. Velaro se levantó y fue hacia Werino mientras Nakko salía de la sala en dirección al patio. Sin duda iría a por Néstor. El juicio pronto comenzaría.

Donato no hizo otra cosa más que confirmárselo.

—Es hora de ir a la sala de reuniones privada, Delfo.

No tenía palabras, ni saliva que tragar, solo pensamientos de los que no podía escapar. Sabía que eran caballeros y que cuidaban de la gente como ninguna otra orden militar lo haría jamás, pero también había oído cómo trataban a los desertores y a los que incumplían las leyes. Por lo primero cortaban cabezas o aplicaban la horca, por lo segundo, dependiendo de cual fuera el delito, podían llegar a cortar las manos por robar o a mandar a los remos de las galeras reales a otros criminales.

Pero él era un niño y aunque hubiera roto una de las reglas no había tenido intención de incumplir la ley, si solo hubiera dependido de él se habría dado mucha más prisa. Seguramente serían indulgentes o eso quería pensar.

Se levantaron de su mesa ante las miradas del resto de comensales, Hilarión asintió a la vez que lo miraba junto con Antenor como si quisieran darle ánimos. Abrieron la puerta, antes de salir al mismo pasillo por el que habían accedido al comedor sonó la campana que los obligaba a presentarse en el patio *din dom, din dom, din dommm*, el ruido cesó. Delfo se quedó mirando a Donato.

—Levantaos todos, hay que saludar a nuestros huéspedes —ordenó a toda la sala el Sabio.

Todos lo obedecieron y salieron raudos por las puertas que daban al patio.

—Ve con ellos Delfo, aún eres nuestro alumno —ante aquellas palabras se le debió escapar una sonrisa, pues a Donato se le suavizó el gesto y le devolvió una sonrisa.

Una vez en el patio se colocó detrás del último alumno, Cancio, un chico de estatura y cara normal, salvo por su nariz, exageradamente ancha. Todos se pusieron rectos, formaron una fila y miraron hacia el horizonte.

Nakko estaba acompañado por Néstor frente de la puerta mientras dos bueyes hacían girar dos grandes ruedas que abrían las puertas.

Cuando éstas se terminaron de abrir comenzaron a entrar caballeros, Delfo los reconoció como hombres de la Guardia Real. Al llegar a la altura de Néstor y el Guerrero se detuvieron. El que iba al mando se quitó el yelmo, lo distinguió al instante, era el capitán que se cruzó con él en el camino, aunque aquel día, creía recordar que lo seguían más caballeros.

—Buenos días Nakko —dijo mientras descabalgaba.

—Buenos días Zenón —respondió el guía—, veo que no has cambiado mucho desde la última vez que nos vimos. Werino, encárgate de los caballos, lleva el del capitán al establo, dale de comer y cepíllalo —ordenó Nakko.

—Y mi caballo qué, ¿te encargarás de limpiarlo y cepillarlo tú, isleño? —preguntó uno de los hombres de Zenón.

—¿Es eso lo que os enseñan en la ciudad?, ¿a jugar con pinchos y patalear como bebés?

—Repíteme eso con la espada desenfundada y te enseñaré lo que es un señor y un caballero, te cortaré esa lengua insolente, maldito rufián —le contestó el hombre mientras se llevaba la mano a la empuñadura de su espada.

—¡Calla, Trifón!, muestra la cortesía que por lo visto no aprendiste en la academia. Y aparta esa mano de la espada —cortó el capitán—, antes de que la consiguieras sacar Nakko ya te habría atravesado con una lanza y cortado la cabeza. Éste que ves aquí es posiblemente el mejor luchador de todo el Imperio, ni yo mismo osaría elevar la espada contra él si no tuviera cincuenta arqueros defendiéndome.

Trifón bajó de su caballo sin pedir disculpas y se quitó el casco dejando al descubierto una melena rojiza, una cara picada de cicatrices de viruela que intentaba disimular con una barba poco espesa y una expresión de desagrado.

—¡Quedaos los demás aquí!, dad de beber a los caballos y preparad la partida, Trifón, tú vienes conmigo —ordenó Zenón al resto de los quince caballeros que lo acompañaban mientras se giraba para hablar con Nakko—. Tengo que hablar con los guías, supongo que me invitaréis a una jarra de cerveza en el salón de bienvenida.

—Por supuesto, incluso a éste que está tan verde —respondió el Guerrero mirando al hombre que antes lo había amenazado—. Vamos,

pasad revista a los caballeros de la Orden y a los alumnos como es costumbre en una visita oficial.

Donato y Velaro se reunieron con ellos, Zenón comenzó a pasear saludando uno por uno a todos los que estaban en la plaza. Cuando llegó a Cancio, fijó la mirada en Delfo.

—Hola chico, veo que regresaste, aunque no sé si sano y salvo. Me alegra verte al menos y espero que hayan castigado al que te hizo eso en la cara.

Sin saber que responder asintió y agachó la cabeza.

—Nakko, que venga éste también con nosotros —le pidió el capitán—, ahora mismo es el único de vosotros que sabe algo de la razón por la que hemos venido, a menos que os contara nuestra conversación.

—Si así lo pides. Delfo, síguenos. Los demás descansad y practicad con las armas o ayudad a nuestros huéspedes en lo posible —mandó el Guerrero.

Donato se puso a su lado y le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo.

—No digas nada que ellos no sepan, prefiero que nos lo comuniquen en la vista a nosotros, ya informaremos a la Guardia Real si a ellos les incumbe —le susurró Donato al oído.

Los seis entraron por la puerta principal y pasaron junto a la gran mesa de reuniones, Velaro se sentó en el trono de piedra como le correspondía por ser el Protector y al no estar el rey para ocuparlo. A su derecha se sentó Nakko y a su izquierda Donato, al lado de éste se puso Delfo y frente a él tomaron asiento Zenón y Trifón. Velaro llamó al servicio y les pidió jarras de cerveza para todos menos para Delfo y una bandeja de jamón curado proveniente de Promonto acompañados por aceite de oliva y unos trozos de pan recién hecho.

Comenzaron a hablar sobre cosas sin importancia, del tiempo que había hecho por Ostaloc o de cómo avanzaban las cosechas, luego se preguntaron por sus familias y comentaron las noticias del Imperio.

Habían naufragado en el Estrecho Puerta de Labe tres galeras mercantes con provisiones de Deancar y los piratas habían emboscado otras tres. Había estado a punto de estallar una pequeña revuelta en la ciudad de Uro, en Deancar, porque varios nobles pedían más dinero de los impuestos al rey, aunque cuando éste visitó su residencia de verano, el conflicto quedó erradicado.

El rey Tanios III había nombrado a sus tres hijos varones virreyes de los tres continentes, al mayor, Eustad Trevorian, el que hubiera heredado el trono a la muerte de su padre, le correspondería gobernar en su nombre Deancar desde la capital del mismo nombre, al menor, Liuva, le correspondía impartir justicia y administrar El Yermo Oriental, y al tercero, Calso, se le encargaría el gobierno de Borvantú y las Islas Orientales.

Mientras hablaban, Delfo se fue tranquilizando, era mucho mejor estar ahí oyendo hablar a esos caballeros que no en un juicio. Conforme la conversación avanzó, incluso se le abrió el apetito y comió jamón y pidió un zumo de naranja. Tuvo tiempo de pensar en el mastín que posiblemente le salvara la vida, se había olvidado de preguntar por él a Tristán, aunque de todas formas seguramente no le habría contestado. Cuando terminara el juicio se acercaría a las perreras a echar un vistazo. Puso atención de nuevo a la charla de los caballeros.

El rey estaba ahora en Ostaloc, la capital de El Yermo, donde pasaba siempre la primavera, acababa de llegar de Gateh, la capital de Borvantú, los había hecho llamar al castillo para entregarles nuevas órdenes, así que por eso estaban allí.

—Recibimos el mensaje ayer, cuando todavía estábamos en el monasterio, llegó una paloma con una misiva real, en el mensaje solo se decía que nos teníamos que presentar en el castillo cuanto antes, así que recogimos nuestras cosas y partimos. El problema es que la anterior misión que se nos encomendó está aún por terminar —estaba contando Zenón—.

>>El rey estaba la pasada primavera en su residencia habitual cuando recibió noticia de una ciudad que delimitaba con el Bosque Aullante, Tiara, está en la frontera de las provincias de Arbina y Costa Dorada. Bueno, el caso es que en el mensaje se decía que había una hechicera en la ciudad que estaba realizando magia negra y que había seducido a todos los hombres de la ciudad incluso a los más santos y que todos ellos estaban a su servicio y al servicio de la noche, el mal y el bosque.

>>Evidentemente Tanios no se lo tomó en serio, pues fue uno de sus antepasados el que había acabado con toda la magia maligna de esta tierra, sin duda, dijo, que sería una muchacha joven que tenía encandilados a todos los varones y las mujeres estaban celosas de ella.

>>Pero a los pocos días, tuvimos la notificación de tres muertes en esa ciudad, eran tres hombres del ejército real que acompañaban al recaudador de impuestos.

—No hemos tenido noticia alguna de esas muertes, ¿quién es el comandante allí, Velaro? —preguntó Donato extrañado.

—Creo recordar que era Ervigio, si esas muertes no hubieran sido naturales nos lo habría hecho saber —contestó el Protector.

—Eso era sin duda lo más raro —continuó Zenón—. No había ningún arrestado, según él, las muertes fueron naturales, suicidios u obra de algún tercero, pero el pueblo decía que era obra de la hechicera, el pueblo y el recaudador que se puso en contacto con nosotros.

—¿Cómo murieron, si se puede saber? —preguntó Nakko muy interesado.

—Uno se tiró desde un campanario y los otros dos, que según me contaron el resto de hombres eran como hermanos, se pelearon, uno le rajó

la garganta al otro y después se la cortó el mismo. Y lo más inverosímil, todo sucedió en el mismo lugar en presencia de la mujer y...

—¿Y de quién más? —se le escapó a Donato temiéndose lo peor.

—...y de vuestro comandante Ervigio, además en la sala se encontraba también el recaudador.

>>Con esos informes, el rey no tuvo más remedio que enviar una tropa a la ciudad para que investigara lo sucedido, pero para mi sorpresa se lo tomó demasiado en serio, pues me envió a mí con veinte hombres más.

>>Fuimos todo lo rápido que pudimos, pero cuando llegamos al pueblo la mujer se había marchado. El recaudador real se encargó de convocar a todas las fuerzas reales que estaban en las cercanías y acusó de asesinato a la mujer, encarceló a todos vuestros hombres y condenó a muerte a Ervigio, por acostarse con una bruja, encubriarla y por conspirar contra la corona y los hombres del rey.

—¿Cómo? —Nakko se levantó enfurecido—. No me estarás diciendo que han ejecutado a un caballero de la Orden de la Roca sin que nosotros seamos quienes lo juzguemos y por si eso fuera poco, no se nos ha informado de ello y... Ervigio. ¡Sirvientel!, traed papel y pluma, he de escribir un mensaje al rey y a todos los comandantes de todas las ciudades de El Yermo.

—Tranquilízate Nakko, hemos de escuchar toda la historia antes de juzgar los hechos. Continúa Zenón, por favor —dijo Velaro con los ojos puestos en Nakko mientras éste se sentaba, aunque no del todo conforme.

—Cuando llegamos, por suerte la sentencia no se había ejecutado. Recogimos todas las pruebas y los testimonios que pudimos y por mucho que me duela decirlo, todo indicaba que el recaudador real, Sargón es su nombre, tenía razón, y que Ervigio y la mujer eran culpables de todos los crímenes de los que se les acusaban. Lo juzgué yo mismo y fui quien firmó su sentencia, la horca.

>>Ervigio no quería que los impuestos se pagaran, había ordenado no dar ni el trigo ni el dinero que la corona exigía. En una carta que escribió él mismo decía que se habían perdido muchas cosechas, por lo que si daban todo el impuesto reclamado la ciudad no podría sobrevivir al invierno. Además tenía un diario. Como sabía la indignación que os provocaría el saber de estas noticias, os lo he traído. —Zenón sacó un libro y se lo entregó a Nakko.

>>Tengo una copia que se encargó de transcribir el gran maestro Shi Yeon de los monjes del bosque, así que os podéis quedar con el original. Como observareis cuando lo leáis vuestro comandante sabía que ella era una bruja y que pretendía hacer lo que decía en su carta. Yo fui quien lo juzgó y los cargos por los que fue condenado están más que comprobados. Los demás hombres parece que no tuvieron nada que ver y las muertes para muchos siguen siendo un misterio, para mí fueron unos sucesos desgraciados. Tendréis que nombrar un nuevo comandante en la ciudad y

respetar el juicio y el veredicto, todos sabemos que cuando el juicio es por traición a la corona no hemos de consultar nada con vosotros, aun así me hubiera gustado hacerlo, al menos con Nakko, pero el juicio era urgente y la principal sospechosa había escapado —hizo una pausa antes de continuar hablando.

>>Pero no es solo para informaros por lo que he venido. Una vez finalizamos el juicio, nos dispusimos a perseguir a la mujer, para detenerla, recabamos información sobre su aspecto, su ropa y todo lo que llevaba encima el día en que la vieron marchar y emprendimos el camino. En alguna aldea que otra nos dijeron que la habían visto, algunos viandantes también nos juraron lo mismo. La pista nos llevaba al interior del Bosque Aullante, en dirección al monasterio o hacia esta fortaleza. En la encrucijada es donde vi al chico y le pregunté por ella, me dijo que no había visto a ninguna mujer, así que supusimos que siguió hasta el monasterio. ¿No es verdad chico? —le preguntó el capitán.

Delfo asintió sin decir palabra.

—Cuando llegamos al monasterio preguntamos por ella, pero no tenían conocimiento alguno sobre su paradero. No tuvimos más remedio que permanecer con los monjes un tiempo, pues el camino termina allí. Montamos el campamento y enviamos una patrulla por los alrededores, tampoco encontraron nada. Todos los días mandábamos más hombres, un grupo de seis con la orden de ir en una dirección lo bastante lejos como para que pudieran regresar al anochecer. Pero no obtuvimos nada.

>>Durante los meses de invierno mandamos más patrullas, todas con el mismo resultado que las anteriores. Todo fue así hasta hace dos semanas, envié a mi mejor explorador, Walia, al mando esa mañana, no regresó al día siguiente, Trifón salió en su busca, pero no encontró rastro alguno. He aguantado en el monasterio hasta hoy, pero ya no puedo permanecer aquí más tiempo. —Hizo una pausa y se sacó una carta con el sello real.

>>Esa es la razón por la que he venido. Os encargo en nombre del rey que busquéis a la mujer viva o muerta, así como que deis con el paradero de mis seis hombres desaparecidos. Si encontrarais cualquier resto de sus cuerpos o armaduras, enviadlas a la aldea más próxima y de allí a Ostaloc, todas las noticias nuevas deberán ser informadas de inmediato —terminó de contar Zenón.

Velaro se incorporó, asió la carta, la leyó y se la extendió a Donato que hizo lo propio con Nakko consternado.

—Muy bien, así se hará, capitán. Pediré que los cinco caballeros que tenían que partir en breve se queden para ayudarnos en esta labor —dijo Velaro.

—Muy bien, entonces no os alejaré más de vuestras actividades cotidianas. Trifón, sal y prepara los caballos, nos vamos —mandó Zenón.

Cuando Trifón salió, todos estaban ya encaminándose hacia la puerta en silencio.

—Todas las descripciones y pasos que hemos seguido están aquí —dijo el capitán mientras le daba a Nakko unos papeles—. Sé lo que es perder un amigo Nakko, no sabes lo que me dolió firmar su sentencia de muerte. Cuando me dijeron que era Ervigio, no me lo pude creer, pero cuando vi las pruebas y escuché los testimonios...

—Era más que un amigo o compañero, para ti debería de ser lo mismo. Los dos éramos amigos antes de entrar en la Orden. Cuando murió el anterior Guerrero, dudaron entre elegirlo a él o a mí, pero Ervigio declinó la oferta y me la ofreció. El último día que nos vimos me dijo que lo rechazó no porque fuera peor luchando que yo, sino porque así yo no engendraría ningún bastardo, sin embargo él podría casarse y tener cientos de hijos. En realidad era él el mejor de los dos, por eso me extraña que no se defendiera si los cargos no eran nada más que las falacias de un recaudador, si lo hubiera hecho, seguramente estaría aún con vida —contestó Nakko—, tú te alejaste de nosotros cuando te enrolaste en el ejército. —El Guerrero le dio la espalda a Zenón y subió por las escaleras hacia sus aposentos.

Abrieron la puerta y se mantuvieron allí hasta que toda la Guardia Real montó a caballo. Cuando se estaban dando la vuelta para partir, Delfo, pareció recordar algo en sus sueños, se adelantó y le hizo una pregunta a Zenón.

—Señor, con vuestro permiso...

—Adelante chico, sin miedo que no soy un ogro.

—¿Cómo se llamaba la mujer a la que buscabais?

—Eso no te debería importar mucho, pero si lo quieres saber, se llamaba Ela.

EL JUICIO

Sonó la campana que señalaba el amanecer, Delfo se incorporó, se vistió y se lavó un poco la cara en una palangana. Escuchó un ruido en la habitación de al lado, creía recordar que esa estancia estaba libre, cuando salió al pasillo vio dirigirse hacia el lado contrario a Nakko, lo que le recordó lo que había sucedido el día anterior...

Una vez partieron los hombres de la Guardia Real, la mayoría retomó sus labores habituales, bien a seguir con su desayuno o a cambiarse para asistir a las clases. Todos menos Néstor, Donato y él.

—Vamos dentro Delfo, veamos si Nakko y Velaro quieren continuar con la vista o por el contrario la quieren aplazar —le comentó Donato mientras le daba una palmada en el hombro.

—Nakko parecía muy disgustado, señor —respondió él.

—Así es, Ervigio y él estaban muy unidos, llegaron aquí juntos después de la revuelta en Costa Dorada, ambos combatieron en ella y salieron victoriosos. Si yo hubiera perdido un ser tan querido para mí, no sé cómo hubiera reaccionado. Me gusta creer que habría hecho lo mismo que hice hoy, revisar las pruebas y después dictaminar una conclusión, pero la verdad es que no estoy nada seguro. Nakko se ha controlado mucho, más viniendo las noticias de Zenón.

Entraron por la puerta principal y cruzaron la sala de visitas oficiales, fue cuando un ruido metálico llamó su atención, por las escaleras bajaba Nakko, enfundado en su armadura, con el escudo y una lanza cruzada a su espalda, una espada en el cinturón y un arco cuyo carcaj portaba en su mano izquierda. Llevaba el yelmo puesto, así que no se podía distinguir si seguía enfadado o por el contrario se había tranquilizado.

Donato le cortó el paso, Delfo se quedó dónde estaba y desde allí observó la escena.

—¿Dónde vas Nakko? —preguntó el Sabio.

—Me voy a Tiara a comprobar todo lo que nos han contado hoy —respondió el Guerrero.

—No puedes irte Nakko, eres uno de los tres guías de nuestra Orden. Hiciste un juramento que te impide abandonarla. Además, no puedes desatender a tus alumnos, tienes un deber con ellos y con todos tus compañeros.

—Ellos no me importan, nombrad tú y Velaro a otro, elegid a uno de los caballeros que tienen que irse, de buena gana alguno de ellos se quedará y aceptará el cargo. Si queréis, ofrecedlo de forma provisional, cuando el corte la cabeza a ese recaudador real por falsificar documentos, volveré gustoso a ocuparme de mis quehaceres.

—Sabes que eso no puede hacerse así, para nombrar un nuevo guía el antiguo tiene que haber fallecido o no poder ejercer sus labores a pleno rendimiento, además lo que planteas es una locura, recapacita Guerrero —intentó convencer Donato.

—Pues ya sabes lo que decirle a Velaro. Dile que me he vuelto loco y me has tenido que cesar. O invéntate otra excusa, me da igual. Aparta ahora de mi camino si no quieres probar el filo de mi espada.

—No me voy a apartar, tienes que entrar en razón, tenemos que saber lo que le pasó a Delfo en el bosque, asimismo no podrías marcharte sin saber lo que se dice en el diario.

—En el diario solo se cuentan mentiras, estoy seguro, en cuanto lo abrí supe que ésa no era la letra de Ervigio, hay que reconocer que es una copia muy buena, pero no es otra cosa que eso, una copia. En cuanto a Delfo... —se silenció un instante al verlo de pie en el centro de la sala—. Lo podríais escuchar vosotros dos solos y decidir en conclusión, si quieres mi opinión creo que es un buen chico, seguro que no os miente en nada de lo que pasó.

—Eso lo puedes decidir en la vista. En cuanto al asunto de Tiara, escúchame, prepara a los alumnos lo mejor que puedas, cuando termines, examina a los mejores y entre ellos elige a dos y envíalos a esa ciudad, nombraremos al que nos digas comandante de Tiara y les haremos hacer un juramento para que investiguen y aclaren lo que allí acaeció. Si resulta que encuentran el más mínimo atisbo de duda en las declaraciones de los campesinos, cualquier indicio de no culpabilidad, entonces... —Donato se arrodilló delante de Nakko—. Te juro ahora y te prometo que tú y yo iremos a Tiara y ejecutaremos al recaudador.

—Son muchos años los que tendré que esperar —le espetó Nakko.

—Es lo que debes hacer y lo sabes —respondió Donato.

Tras unos segundos que parecieron interminables, el Guerrero se quitó el yelmo, soltó el carcaj y el arco y le puso la mano derecha en el hombro al Sabio.

—Acepto ese juramento, con la condición de que también investigues desde aquí todo lo que te sea posible. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —prometió Donato.

—Hoy no será el juicio contra el chiquillo, ni tampoco asistiré para impartir mis clases, voy al bosque a pensar y a orar por mi amigo —terminó de decir Nakko.

—Así sea pues. Delfo, acércate.

Nakko lo miró al pasar y se dirigió a la salida.

—Por lo visto nadie quiere que hables pronto —comenzó a decirle Donato—. Para que no pierdas el día, ve a la biblioteca y dile a Lorenzo que te dé los dos primeros tomos de *Historia del Imperio*, sobre esos dos libros tocaba hoy debatir en clase. Puedes irte tanto a tu cuarto como a la sala de estudios. A la hora de comer, regresa a tu habitación, haré que te suban el almuerzo y más tarde la cena.

>>Mañana levántate al oír la campanada del amanecer y baja a desayunar, allí nos encontraremos y te diré si la vista se celebrará o se pospone una vez más, espero que este asunto no vaya para largo, ya tengo bastantes cosas en las que pensar.

—Señor, tengo que contarle algo sobre la mujer que acusaron de brujería... —Antes de terminar la frase Donato lo interrumpió.

—Guárdalo para mañana, no sé si mandaremos caballeros en su busca o no. No te preocupes por ello. Anda, ve a hacer lo que te he mandado, tengo que ir a ver a Velaro y hablarle sobre el juramento que acabo de realizar.

Donato se despidió y subió hacia los aposentos de los guías. Delfo se quedó un rato pensando y se marchó en dirección a la biblioteca.

Se hartó pronto de la historia del Imperio, la mayoría de las cosas se las había enseñado ya su madre, así que se dedicó más a pensar en lo que le había dicho Donato sobre Nakko, según éste, el Guerrero había luchado en el último conato de guerra conocido en El Yermo, según le contó su padre, se produjo unos ocho o nueve años antes que naciera él, lo que implicaba que cuando Nakko tomó parte en aquellas batallas debía rondar los quince o dieciséis años. Cosa que le parecía imposible, fue una revuelta sangrienta, pero el rey no necesitó de todo su ejército para aplastar la insurrección, así que el Guerrero no tendría por qué haber participado, a menos que se hubiera alistado como voluntario. Decidió preguntarle a él mismo cuando estuviera en una de sus clases, si es que podía volver a asistir junto con sus compañeros después del juicio.

Cuando se hizo tarde, se acostó y durmió sin ningún sobresalto, había días en los que le costaba mucho conciliar el sueño y se despertaba a menudo con pesadillas. Pero esa noche solo soñó algo, eso sí muy extraño.

Se encontraba de pie en el bosque, en el mismo lugar donde le atacaron las bestias, el mastín se encontraba jadeando plácidamente al lado de la cesta donde se encontraba la niña, porque aunque no la veía tenía la sensación de que ella estaba allí, era de día y no había atisbo de peligro por

ninguna parte, cuando se acercó la pudo ver por fin, estaba un poco más grande de lo que la recordaba, abrió los ojos y... le habló.

—No te preocupes por él, padre, lo he curado —le dijo a la vez que señalaba al perro.

No sabía por qué, pero cuando se despertó estaba mucho más tranquilo que el día anterior, y se levantó con una alegría que hacía tiempo no recordaba. Bajó al comedor, donde ya había varias personas desayunando, pidió unas ciruelas y un té y se sentó donde lo había hecho el día anterior. Cuando terminó de comer se quedó sentado a la espera de Donato y los demás.

No tardaron en asomar por la puerta, como el día anterior, Donato se sentó a su lado, le dio los buenos días y desayunó. Nakko y Velaro se sentaron separados, cuando llegaron Néstor y Werino, les hicieron gestos para que compartieran mesa. Una vez hubieron terminado, repitieron los gestos del anterior día y salieron en dirección a la sala de reuniones privada.

Entraron primero los tres guías y a continuación ellos, Néstor el vigía, fuerte y achaparrado, pelo negro al igual que su tupida barba, le habían contado que había querido entrar en la Orden, era bueno con la espada y tenía la mejor vista de todo el castillo, pero sin embargo, escribir, leer y todo lo relacionado con los libros se le daba fatal, cuando decidieron echarlo, él se negó y se ofreció voluntario para la tarea que ahora realizaba. Por otro lado estaba Werino, quien tenía una historia totalmente diferente, vino con los sirvientes un año, como pagaban bien y tenía todo el invierno libre, vino al siguiente y al otro, pero tanto viaje le disgustaba en exceso, así que un buen día decidió quedarse, lo que fue una suerte para todos, ya que demostró ser un gran adiestrador de caballos.

El último en entrar fue Delfo.

Observó la sala, ahora más nervioso, ésta era más pequeña que la sala oficial, no obstante, también tenía un tamaño considerable. Tres asientos de piedra donde se sentaban los guías dominaban la estancia, parecían ser parte de las paredes, pues estaban hechos de la misma piedra que ésta. A los lados había dos hileras de más de una docena de sillas cada una, las cuáles servirían para que los caballeros asistieran a las reuniones. El resto de la sala permanecería vacía de no ser por tres de las sillas que miraban de frente a los tres que presidían el juicio.

Tomó la palabra Velaro.

—Adelantaos y tomad asiento. —Una vez se hubieron sentado, éste prosiguió—. Todos sabéis el porqué de esta situación, así que no daré más indicaciones de las necesarias. Ahora nos contaréis todo lo que hicisteis, visteis y oísteis ese día, después os haremos unas cuantas preguntas. Debéis de estar tranquilos, no habrá ningún castigo para ninguno de vosotros.

Al oír aquello, los tres que esperaban declarar parecieron descansar, incluso Néstor resopló siendo el primero de los tres en sentarse. El Protector continuó.

—Levántate Delfo, cuéntanos lo que sucedió el último día que saliste al bosque.

Delfo se levantó, hizo acopio de memoria y comenzó a narrar lo que le pasó desde que salió de la fortaleza.

—Cuando salí de la fortaleza, una vez Tristán me asignó un mastín...

Contó cómo había descubierto a la mujer, lo de la niña, el perro, el diálogo que tuvo con Zenón, cuándo se dio cuenta de que se hacía de noche y por último su encuentro con aquellas extrañas bestias.

—...eso es lo último que recuerdo, creo que eran cuatro o cinco, no sé, pero me estaban rodeando a mí... y a la niña. —Tras un momento en el que todos estaban en silencio Delfo terminó—. Eso es todo, señor. ¿La encontrasteis?

Nakko y Donato intercambiaron miradas.

—Las preguntas las hacemos nosotros. —Velaro se puso en pie y dijo otro nombre—. Gracias Delfo, ya puedes sentarte. Néstor, ponte en pie y dinos lo que recuerdas de ese día.

Néstor se levantó, comenzó balbuceando algo que Delfo creyó reconocer como “con vuestro permiso señores” o algo parecido.

—E-se día me l-levanté como de costumbre con la c-campanada d...

—Más adelante Néstor —interrumpió Velaro.

—C-como ordene, s-señor. A la hora de comer fui al c-comedor...

—Durante la noche, cuéntanos lo que pasó por la noche —volvió a interrumpir el Protector.

—S-sí, s-sí, c-como diga señor —Néstor siguió tartamudeando como cada vez que estaba nervioso—. N-nada más anochecer me dirigí a las cocinas y pedí lo que de costumbre...

—Céntrate en lo ocurrido durante la noche.

—M-me acuerdo de que estaba encendiendo la hoguera de la s-segunda torre, cuando sonó un a-aullido... un m-momento... eso fue esa noche u otra... mmmm, n-no lo recuerdo, un m-momento...

—Muy bien, siéntate, ya te haremos algunas preguntas si es necesario, Werino, relata todo lo que ocurrió pero sin dar rodeos —ordenó Velaro, harto de las divagaciones y tartamudeos del vigía.

—G-gracias s-señor —dijo Néstor antes de sentarse.

—Cuando comenzó a atardecer —comenzó a relatar Werino con un acento algo peculiar—, me extrañó que aún no hubiera regresado Delfo, siempre que lo mandaba al río volvía lo antes posible y no como otros que remolonean a las puertas. Comencé a impacientarme y fui a preguntar a Tristán si sabía algo del chico. Éste me dijo que no lo había visto desde que lo despidió para ir a por hierba, que como bien a dicho él fue la tarea que le mandé. Di unas vueltas por el castillo, por si había vuelto sin que nos

diéramos cuenta, pero no lo encontré. Cuando se puso el sol, subí a la muralla a ver si podía verlo en la distancia, allí fue donde me encontré con Néstor.

>>>Como siempre, estaba comenzando su ronda nocturna, le pregunté acerca de Delfo, pero me contestó que solo lo vio alejarse una vez hubo salido por la portezuela de abajo, hacía ya muchas horas. Tras asegurarme de que todavía no había llegado, bajé para comunicaros que un alumno había desaparecido y habría que ir a buscarlo por si le había pasado algo, pero antes de bajar, Néstor me llamó y me dijo que había oído algo.

>>>Le pregunté el qué, antes de responderme señaló algo en el horizonte, no conseguí distinguir mucho, pero de todos es sabido la buena vista de la que dispone nuestro vigía, así que me dispuse a avisaros, pero antes de poder avanzar demasiado Néstor ya estaba abriendo una de las poternas y estaba saliendo con la espada en una mano y el escudo en la otra. Dudé entre ir a veros y bajar, me decidí a seguirlo, recogí una de las lanzas y el candil que hay al lado de la puerta y lo seguí.

>>>Al andar los primeros cien metros, Néstor me señaló lo que parecían unas formas blancas al principio de la espesura, una de las sombras se paró y nos pareció que nos miraba, tenía los ojos rojos brillantes, tal como los ha descrito Delfo. No me enorgullezco de la reacción que tuve, pues me invadió un terror desconocido para nuestro vigilante. Él aceleró el paso al ver esas figuras extrañas, yo me puse en formación para cargar con mi lanza y lo seguí a toda prisa, pero al llegar al lindero las bestias habían desaparecido.

>>>Avanzamos unos diez metros antes de sentir algo húmedo bajo mis pies, cuando iluminé el suelo con la luz descubrí que era un pequeño reguero de sangre. Los dos lo seguimos durante poco tiempo, unos veinte pasos, allí encontramos a Delfo, estaba inconsciente o... Nos temimos que estuviera muerto —aclaró Werino.

>>>Me acerqué a él y lo toqué, noté su pulso y su calor, pero también vi sus heridas, había perdido sangre, las heridas no parecían muy graves, pero no tenía el modo de saber durante cuánto tiempo había estado sangrando. Levanté el candil y pudimos ver toda la escena. Además de Delfo solo quedaban las dos cestas que yo mismo le di para que las llenara de hierba, hacía una avanzaba una línea de sangre que parecía partir de algún lado cercano a Delfo. No quise perder más tiempo, así que solté la lanza y aupé al crío hasta mis hombros, ordené a Néstor que recogiera las cestas y que me cubriera la espalda hasta que llegáramos a la fortaleza.

>>>Durante el regreso oímos ruidos raros a nuestras espaldas, sonaban a pisadas y a zigzagueos entre los matorrales, pero muy débiles, corrí todo lo que pude hasta llegar a las puertas.

>>>Una vez dentro Néstor subió a vigilar, por si conseguía ver quién o qué rondaba fuera. Yo me encargué de llevar a Delfo a la enfermería.

>>El resto de lo que sucedió creo que ya está en vuestro conocimiento, señor —terminó diciendo.

Werino miró a Velaro, que asintiendo le dio permiso para sentarse. El siguiente que tomó la palabra fue Donato.

—Néstor, creo que hablo en nombre de todos los aquí presentes, puedes marcharte y seguir con tus labores.

—Eso haré —dijo Néstor a modo de despedida sin tartamudear mientras salía de la sala.

—En cuanto a ti, Werino, pienso que te dijimos todo lo necesario cuando llevaste a Delfo a nuestros aposentos. Seguimos pensando que tanto Néstor como tú actuasteis impulsivamente y espero que no se vuelva a repetir. La próxima vez que ocurra algo parecido quiero que se nos informe antes de que llegue la noche. En cuanto a lo que viste aquella noche, tengo una duda. Nos acabas de decir que existían dos regueros de sangre, uno de Delfo y el otro supongo, después de haber escuchado toda la historia, pertenecería al perro. Pero si es así, ¿dónde estaba el mastín?, ¿no sería él quien os estuvo siguiendo? Y si es así ¿cómo lo pudo hacer si perdió tanta sangre? —Antes de dejar a Werino contestar, prosiguió—. Y una cosa más, las figuras que visteis ¿tenían el tamaño y la forma que dice Delfo?

—A la primera pregunta puedo responder con seguridad que el perro no estaba allí, ni vivo ni muerto, si nos siguió, no lo sé, quizás Néstor sepa algo o viera algo que yo no vi. En cuanto a la segunda, lo dicho por Delfo se asemeja bastante a lo que vimos, aunque tengo que decir que nosotros estábamos más lejos de ellos de lo que estaba el chico —respondió Werino.

Velaro y Nakko prestaron atención sin decir nada ni hacer ningún gesto, parecía que habían encomendado la tarea de las preguntas a Donato. Éste continuó.

—En cuanto a tu historia, Delfo, dinos, ¿por qué no le dijiste lo de la mujer a Zenón? Y... ¿dónde está el zurrón o bolso que encontraste al lado de ella?, según Werino allí no había otra cosa aparte de las dos cestas, incluso la hoz desapareció.

—El zurrón me lo eché a la espalda según recuerdo, si ellos no lo encontraron, supongo que se me pudo caer por el camino —contestó titubeando Delfo—. A Zenón... no sé por qué le dije aquello, en ese momento me pareció lo más oportuno, la mujer había muerto, si fuera peligrosa ya no haría ningún daño a nadie, además, no confiaba en ellos, sobre todo en ese Trifón. Quizás hice mal, pero creo que lo volvería a hacer, señor.

Donato miró a sus compañeros, éstos le hicieron un gesto y sacaron unos cuantos dibujos.

—Muy bien, Delfo, ahora quiero que mires estos esbozos y me digas si alguno de estos animales es o se parece a los que viste en el bosque.

Delfo asintió y miró al primero, se parecía bastante a un lobo, salvo porque éste era blanco y más grande de lo normal.

—No, ese no —respondió.

—Este dibujo representa a un lobo de las nieves, rara vez bajan de las montañas.

Donato le enseñó el segundo, era un oso, pardo creía él.

—No, ese tampoco.

—Éste es un oso pardo, seguro que lo conoces, pues habita por algunas zonas de Arbina —volvió a explicar Donato.

El tercero era otro oso pero mucho más grande, lo habían dibujado con aspecto amenazador.

Delfo meneó la cabeza en señal de negación, Donato le dijo qué era.

—Es un Gran Oso de las nieves, normalmente son blancos, pero también los han visto castaños, son mucho más grandes y peligrosos que los pardos.

Siguieron más dibujos, de perros salvajes, bestias mitológicas, incluso de unos bandidos que según el Sabio se vestían con pieles y atacaban hacía más de cincuenta años a todos los viandantes del camino de los Monjes. Por último le enseñó bocetos de leones del Sur, que aunque eran los que más se parecían a las bestias que vio aquella noche, tampoco se trataba de ellos.

—No son éstos, eran más grandes, con los ojos rojos y totalmente blancos, sus garras eran —estaba diciendo cuando lo interrumpió Velaro.

—Eran como ésta, ¿no es así?

El Protector sacó las garras de un felino, tenía el doble de tamaño que una mano de un hombre adulto, la dejó encima de un papel y continuó hablando.

—Esto lo encontraron Néstor y Werino, creemos que se la cortaste a uno de esos animales cuando te defendiste con la hoz. Es muy grande para ser de ninguno de los animales que te hemos enseñado, quizás las de un Gran Oso pudieran asemejarse, pero no es normal ver uno tan grande, menos ver cuatro o cinco. Para estar seguros, nos dibujarás lo mejor que puedas a una de esas bestias en este papel, Donato se encargará de ir al Monasterio del Bosque y preguntar si saben de algo parecido.

>>La garra, te la puedes quedar, pues fuiste tú quien la consiguió, si realmente tenían el tamaño que nos has dicho hoy, tal vez ni Nakko pudiera conseguir una.

—Eso no lo dudes, yo habría acabado con todas ellas —interrumpió Nakko—, pero tienes razón, para un niño es algo admirable, debe quedarse con ella, igual que en la batalla se quedaría con la espada del oponente si fuera mejor que la suya.

Tras un momento que a Delfo le pareció una eternidad, Donato se puso de pie.

—Bien, hemos acabado con todo lo concerniente a este tema, por ahora.
—Hizo una pausa—. Una cosa más, no contéis nada de lo dicho en esta sala, aunque creo que Néstor no podrá guardarse nada. Salid los dos y esperad a que terminemos, tenemos que debatir unos asuntos.

—A vuestras órdenes —contestaron Werino y él casi al unísono.

Salieron de la sala, Delfo se sentó en el suelo esperando a que los llamaran. Werino se acercó silenciosamente a la puerta y puso la oreja pegada a ésta.

—Si están diciendo algo de mi incumbencia, yo por lo menos lo quiero oír —le dijo a modo de excusa.

Delfo se sintió mal por no reprenderlo, pero sentía curiosidad por saber qué conclusiones sacarían los tres guías sobre lo dicho allí.

—¿Qué están diciendo, Werino? —preguntó.

—Ahora están comentando sobre qué hacer con lo de la mujer, Donato y Nakko opinan que deberían ir a ver el lugar donde la dejaste, Velaro piensa que antes de ir deberían llamar a los caballeros que han enviado a buscarla. —Se detuvo un momento y miró a Delfo.

—¿Qué?, ¿pasa algo?

—... No, nada

—Han dicho algo malo sobre mí, ¿no es así?

—No, me he enterado de algo que... —Werino se apartó de repente de la puerta—. Ahí vienen, creo que tendré trabajo.

Salió primero Nakko, seguido de Donato y de Velaro.

—Werino, prepara cuatro caballos, los nuestros y uno para Delfo —comenzó a ordenar Velaro—. Delfo, vuelve a tu habitación y cámbiate de ropas, vamos a ir a la encrucijada a buscar a la mujer. Cuando te cambies ve a ver a Tristán, dile que prepare a sus mejores rastreadores y que se adelante, lo alcanzaremos por el camino. Nos encontraremos dentro de una hora en la puerta principal.

Delfo asintió y salió corriendo hacia su cuarto.

EL OLIVO

Fue a las perreras después de haberse cambiado, allí encontró a Tristán el Sabueso, de unos cincuenta años, supo desde el primer día el porqué de su apodo, tenía el rostro igual que uno de esos canes, además de que siempre estaba moqueando, lo cual ayudaba a ver las semejanzas con su mote.

—Hola Tristán, Velaro me ha dicho que prepares a unos perros rastreadores y te dirijas a la encrucijada, nosotros saldremos dentro de poco con caballos.

—Escogeré a cuatro. Por cierto, veo que te encuentras mejor, cuando Werino me preguntó si no habías vuelto, me hiciste creer que no volverías. Y luego encima llegaste malherido, nos tuviste a todos en vilo durante un tiempo —le respondió Tristán.

—Lo... siento, no solo por eso, sino también por lo del mastín. Tenía la esperanza de que hubiera sobrevivido —se disculpó él.

—No te disculpes por eso, chico, he perdido más perros. Ese mastín era bueno, espero que se comportara bien y te defendiera. Por lo demás, tenía unos cinco años, se me han muerto mucho más jóvenes, aunque no puedo decir que no sienta pena por sus pérdidas, a todos los perros los crío desde pequeños y paso más tiempo junto a ellos que junto a otras personas, pero es mejor perder a un perro que a un alumno.

—Se portó como un perro de guerra, cuando le dije que atacara a... —le vino a la mente lo que le mandó Velaro—...eh, bueno, nos veremos en el camino —se interrumpió de repente, aunque a Tristán no pareció importarle y comenzó a preparar la marcha.

Después de comer algo fue hasta la puerta donde ya estaban esperándolo los tres guías montados en sus caballos, tres sementales negros, entrenados para ir a la guerra. El que le cedieron a él era castaño y de menor tamaño, no era tan imponente como los de sus maestros, pero aun así era mejor que ir andando.

—Salgamos —ordenó Velaro cuando Delfo montó.

Se abrieron las puertas y salieron de la fortaleza. Era una sensación extraña la que tenía, salir otra vez del castillo en busca de sus recuerdos.

Al frente iba Nakko, seguido por Velaro, Delfo se puso al lado del que era su tutor, Donato.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—Siempre que no sea de ningún tema relacionado con lo que tú y yo sabemos puedes realizar las que quieras.

—¿Sigue usted siendo mi tutor? —preguntó tras un segundo de duda, hubiera deseado preguntar por la niña, por si la encontraron viva o... mejor no pensarlo.

—Por supuesto Delfo, sigo siendo tu tutor. Para cualquier duda aquí me tienes.

En el momento en el que llegó por primera vez a la Isla, los tres guías salieron a recibirlos e informaron sobre las tutelas a sus próximos alumnos. A cada uno de ellos le correspondía como tutor uno, dependiendo cual hubiera sido la faceta en la que destacaron en las pruebas, más tarde, durante su enseñanza, se tendrían que especializar e intentar ser los mejores en esa disciplina. A él le tocó Donato, porque según sus pruebas había destacado en Lógica y en Historia. Aunque él hubiera preferido ser un excelente guerrero se tendría que conformar con ser mejor que la mayoría en esas artes y llegar a ser un magnífico consejero.

—Pero si puedo consultarle cualquier duda, ¿por qué no me habéis dejado hacer las preguntas que quiero? —preguntó Delfo.

—Permíteme un consejo para esta ocasión y quizás para otras venideras. Si quieres realizar una pregunta, pero temes la respuesta, mejor déjala madurar hasta que estés preparado para escuchar cualquier réplica. Y si alguien con más años y experiencia no quiere que se la hagas, tal vez sea porque no la tiene o prefiere pensar en las consecuencias que tendrá para ambos.

>>Si fuera Velaro, también te diría que eres solo un niño y que tienes que respetar la voluntad de tus mayores.

—Lo siento señor... —pensó en otra pregunta sobre la mujer, una más adecuada para su situación—. Tengo una pregunta sobre la reunión de ayer señor, y no temo la respuesta.

—Intentaré aclararte en lo que pueda —contestó a la vez que sonreía Donato.

—¿Por qué el rey se tomó tan enserio a la mujer y a su posible brujería? Y ¿Por qué envió al mismísimo capitán de su guardia y ejército a perseguirla si tenía otros problemas en el Imperio?

—Creo que puedo responder sin temor a equivocarme. Por superstición y temor. —Al ver que Delfo no había comprendido, siguió con su explicación.

>>Todo se remonta a los tiempos del Primer rey Tanios, como sabrás de tus lecciones de Historia fue él quien unió los tres continentes, antes reinaban los pillajes, esclavistas, asesinos, piratas y toda clase de mal que ahora mismo nos costaría entender. Él fue quien mandó construir nuestra fortaleza y nombró a los tres primeros guías de nuestra Orden. Aunque creas que la fundó porque el Bosque Aullante estaba atestado de bestias como las que te hemos enseñado hoy, esa no fue la verdadera razón. No es sino gracias a los hechiceros y brujos por lo que existimos desde entonces. Tanios era ya rey en Deancar y controlaba prácticamente toda Borvantú, pero El Yermo Oriental estaba gobernado por aquellos a los que se llamó hechiceros.

>>El rey llevó sus tropas y a sus mejores hombres para conquistarlo, pero no solo obtuvo la gloria de la victoria y la fertilidad de sus tierras, también consiguió la guerra más sangrienta hasta entonces conocida, la Primera Gran Guerra. Murieron cientos de miles de hombres por ambos bandos. Como resultado de aquello fundó la Orden de la Roca para defender al Yermo de cualquier peligro que saliera del Bosque Aullante.

>>Lo hizo porque todavía existían brujos en estos páramos, ocultándose a la espera de un contrataque.

>>Ése fue el primer escarceo de un rey llamado Tanios con estos personajes, hace unos pocos años, más de mil.

>>El segundo tuvo lugar hará ahora unos tres siglos, reinaba, ¿a qué sabes quién? —No lo dejó responder—. Efectivamente, reinaba el rey Tanios II. Esta vez la guerra se originó en Borvantú, un hechicero convocó sus huestes, seres extraños y salvajes aliados con unos cuantos señores tribales. La guerra tuvo lugar aquí, en El Yermo, nombrada más tarde como la Segunda Gran Guerra. Se llevó a más vidas por delante que la primera, pero el rey consiguió la victoria y pudo prosperar la paz.

>>Como resultado de esa segunda guerra, se proclamó herejía practicar cualquier ritual o magia de ningún tipo, además se quemaron todos los libros con referencias a los hechiceros. Fue una gran pérdida de sabiduría de la cuál hoy día se podría haber hecho un buen uso, pero más lamento las pérdidas humanas.

Delfo empezaba a comprender el temor hacia los llamados hechiceros.

>>Desde entonces ningún rey llamó a su heredero Tanios, ninguno hasta Eustad I, el padre del actual rey. Le puso ese nombre porque se cumplieron los mil años de unificación del reino, del nacimiento del Imperio y en honor al primer rey de ese nombre. Muchos se lo desaconsejaron, incluyendo aquellos que se denominaban profetas, auguraban una tercera Gran Guerra en tiempos en los que reinara un Tanios III.

>>El actual rey siempre ha estado marcado por esas profecías, incluso muchos dicen que esa tercera guerra ya se ha producido, aunque yo creo que la revuelta en Costa Dorada no llegó a la magnitud de los vaticinios.

>>Volviendo al tema que nos concierne, sin duda cuando Tanios Tercero recibió un mensaje de una posible traición a su nombre y por medio se encontraba una mujer que según decía una persona de su confianza se trataba de una hechicera, éste puso todos los medios posibles por hacer que la sombra de la Guerra se olvidara.

>>Posiblemente la mujer fuera inocente, pero a un rey que vive ya en los sesenta años y todos hostigan con historias de guerra y traición no se le pueden discutir sus motivos.

>>Así que creo que mandó a sus mejores hombres por superstición. Ahora, además, tenemos seis soldados desaparecidos, los cuáles habrán sido asesinados por la mujer según los consejeros reales.

—Pero la mujer no parecía peligrosa —respondió él—. Aunque es verdad que cuando la vi ya había fallecido.

—Cuando llegemos allí, recogeremos sus huesos y los mandaremos a Ostaloc, así perecerán los malos augurios.

Justo cuando Donato terminó de hablar, se encontraron con Tristán, ya faltaba poco para llegar a la encrucijada.

—Desde aquí seguiremos andando —ordenó Velaro—. Tristán, haz que tus perros busquen cualquier olor a muerte, a ver si damos con la mujer.

—No hará falta señor, recuerdo perfectamente donde la cubrí con ramas. Además, hice una señal en el roble bajo el que la tapé, por si acaso —comentó Delfo desde atrás mientras descabalgaba.

—Muy bien, indícanos el camino, iremos a tu lado. Tristán, síguenos —mandó el Protector.

Al ponerse en cabeza tuvo dudas de por dónde seguir, así que se dispuso a recorrer los mismos pasos hacia el río, como hizo aquel día ya lejano. Todos lo siguieron sin hacer preguntas, a los pocos metros los perros sujetados por Tristán comenzaron a ladrar y gruñeron en una dirección que le resultó familiar.

—Es por ahí, debe estar a unos cincuenta pasos en esa dirección —indicó él.

A unos veinte pasos, los perros se frenaron y pese a que Tristán intentó tirar de sus correas éstos regularon al ver la figura que sentada sobre sus patas traseras los miraba amenazantes.

Parecía un perro, un mastín, pero mucho más grande. Delfo lo reconoció, pero no podía ser, o... sí.

Al acercarse al perro, éste se levantó y enseñó sus dientes, gruñendo y moviéndose hacia ellos. Todos se detuvieron, Nakko se adelantó y apartó a Delfo a un lado mientras sacaba su espada.

—Tristán, manda a tus perros que ataquen, ¡AHORA! —ordenó Velaro.

—¡NOOOO! —gritó Delfo—. No lo podéis matar, me protegió a mí y a la niña, seguro que si os alejáis un poco no me hará daño, seguro.

—Es un *Romal*, debe morir, ya no pertenece a este mundo —dijo Tristán solemne.

Todos se miraron, estaban decidiendo cómo actuar cuando Delfo salió corriendo hacia el perro, creía que le iba a atacar, más al ver al mastín abalanzarse sobre él, pero en lugar de eso, le puso las patas delanteras en el pecho y comenzó a lamerle la cara.

Nakko ya tenía una flecha en el arco y estaba preparado para disparar sobre el mastín cuando observó la escena.

—No pasa nada, debe de haberse asustado al ver a los demás perros. Creo que si no se acercan, no os hará ningún daño —tranquilizó Delfo.

Y así sucedió, Tristán se mantuvo lejos con sus perros y los tres guías se acercaron a él. Nakko terminó por guardar el arco y la espada al comprobar que no había peligro.

—La oculté debajo de esas ramas, señor —le indicó a los guías.

Velaro se adelantó y retiró el forraje que había bajo el roble, el cual conservaba la señal que Delfo hizo.

Antes de retirar la última rama, aparecieron los restos del cuerpo de la mujer entre algunos ropajes, algo desechos por el tiempo, el cuerpo se había conservado bastante bien, y lo más sorprendente, el bolso que Delfo había recogido estaba a su lado.

—¿Son los restos de una mujer? —preguntó Donato a Velaro.

—Sí, sin duda, se ha conservado muy bien debido al frío del invierno, ahora con la subida de temperaturas se está comenzando a momificar. A priori no veo signos de violencia, si queréis puedo inspeccionarla más a fondo y comprobar si murió...

—Déjalo Velaro, es la mujer, el chico no miente. ¿Este es el zurrón del que nos hablaste, Delfo? —le preguntó Nakko después de interrumpir al Protector.

—Sí, pero recuerdo perfectamente que me lo colgué, no sé cómo ha podido llegar hasta aquí, a no ser que el mastín lo trajera.

—Mira esto Donato —dijo señalando Nakko mientras lo recogía—. Es el mismo símbolo que tenía el diario de Ervigio. ¿Sabes ya qué significa?

—No con certeza, solo he conseguido averiguar que se trata de un tatuaje que usaban algunos bandidos en este bosque, pero de eso hace ya siglos, quizás en el monasterio haya algún libro que haga referencia al símbolo.

—Ella lo tenía tatuado en el cuello —recordó Delfo.

—Bueno, esas pistas son buenas para saber la identidad la mujer —empezó diciendo Velaro—. Ahora hay que recoger los restos y enviarlos a Ostaloc, llamaremos a los caballeros que enviamos a buscarla para que se los lleven.

—No —sentenció Nakko—. Ella era la esposa de Ervigio, será enterrada con honores. Aquí, este roble será su lápida.

—Nakko, no vamos a discutir en este lugar, pero sabes tan bien como yo que tenemos que entregárselos a la Guardia Real para justificar la muerte de la mujer.

—No hay discusión que valga, llamaremos a los caballeros y los enviaremos a la ciudad para que informen de lo sucedido, en cuanto a sus seis soldados, ya se pueden pudrir en el bosque. La decisión está tomada, si no quieres ayudarme, puedes marcharte y comenzar los preparativos de la marcha. Puedes enviar un mensaje con una paloma si lo prefieres, pero no aceptaré ningún cambio.

—No puedo irme, no hasta que entres en razón, además todavía tenemos que decidir sobre el otro tema del que hablamos en la reunión. —Velaro estaba notablemente enfadado con Nakko, pero éste seguía firme en sus propósitos.

—Esa decisión también está tomada, por el camino de vuelta hablaré con el niño.

—No... ¡NO!, no puedes imponer todas las medidas que se te antojen por que hayas perdido a un buen amigo, todos sabemos que el que más perdió con su nombramiento fui yo. —Nakko se incorporó y se encaró con Velaro agarrando el pomo de su espada.

—Ya basta los dos —ordenó Donato—. Podemos hacer lo que dice Nakko, el rey sabrá que no mentimos, no desconfiará. En cuanto a los seis desaparecidos, Nakko se tendrá que encargar de buscarlos si desea aplicar su juicio sobre el resto de los problemas. ¿Estáis los dos de acuerdo o tengo que convocar un Consejo de Sabios? —Los otros dos guías relajaron sus rostros—. En cuanto a lo que elijas, Nakko, espero que no sea una decisión tomada a la ligera y sea la elección adecuada, por tu bien —advirtió el Sabio.

—Las tomo bajo mi responsabilidad absoluta, como testigos están el bosque, Tristán y Delfo —dijo mientras se arrodillaba delante de Donato.

—Así sea pues. Velaro, es mejor que nos dejes y vayas a enviar un mensaje al rey y a las aldeas, diciendo lo que hemos encontrado.

Velaro se volvió y junto con Tristán tomaron el camino de vuelta, el Sabueso no quiso saber nada del mastín, que se había echado a los pies de Delfo.

Cuando desaparecieron entre la vegetación, Nakko se quitó la armadura y comenzó a cavar un hoyo ayudado por la espada.

—Chico —lo llamó—. Ven, coge mi escudo y échame una mano, creo que de los aquí presentes eres el único que la conoció.

—Sí, señor —respondió Delfo—. Aunque no la conocí con vida, señor.

—Pero por lo menos viste su rostro, dime, ¿cómo era?

—Era guapa señor, tenía los ojos entre azules y verdes y un pelo rubio, liso y...

—La hubiera tratado como mi hermana, si hubiera tenido la oportunidad al menos de haberla conocido.

—Seguro que se disponía a ir a la fortaleza cuando le llegó la hora de dar a luz, señor, seguro que iba a buscaros —dijo Delfo para consolar al guía.

—Eso creo yo también. Ervigio le mostraría el camino hacia la Isla previendo lo que se le venía encima, pensaría, no sin razón, que nosotros la

protegeríamos a ella y a su hija, pero eso ya no se lo podremos preguntar a ninguno de los dos —terminó diciendo casi emocionado.

—Eso todavía no lo sabemos con certeza —dijo pensativo Donato—. El camino que elige seguir una persona no siempre viene demostrado por sus pisadas. Tal vez se dirigiera al monasterio o quizás solo se estaba escondiendo en el bosque.

—A mí lo más lógico me parece dirigirse a la fortaleza, señor.

—Quizás lo averigüemos, quizás.

Nakko continuó cavando hasta que comprobó que el hueco era suficientemente hondo como para contener las ropas y los restos del cuerpo de Ela. Seguidamente le quitó el escudo a Delfo y se puso a cubrir el hoyo de tierra.

—Toma Delfo, esto a partir de hoy te pertenece —le dijo mientras le daba el zurrón de la mujer sin abrir ni comprobar su contenido.

Como no sabía que responder lo aceptó, al recogerlo algo se cayó de él. Era una aceituna, arrugada y casi solo un hueso, Delfo miró a los dos hombres que lo acompañaban.

—En algunas culturas se suele sembrar un fruto de un árbol en la tumba para que nazca y crezca vida a partir de la muerte. Aunque he de decir que los olivos no crecen tan al norte —comenzó a decir Donato—. Puede que esa oliva indique la procedencia de la mujer, quizás naciera en Las Cunas.

—Puede ser señor. Creo que la voy a hundir en la tierra, estoy seguro que de aquí nacerá algo —dijo Delfo al tiempo que se agachaba para sembrar la aceituna.

—Delfo, dijiste que en un sueño ella te habló, te dijo que se llamaba Ela. Ahora quiero que grabes en este roble su nombre con alguna de las palabras que ella te dijo —pidió Nakko mientras le tendía una daga.

—No sé qué poner, quizás...

Ela, madre inocente descansa bajo este Olivo y protege a su hija y a todo el bosque.

Terminó inscribiendo, pese a no estar seguro de que allí naciera un olivo.

Recogieron la armadura de Nakko y le ayudaron a ponérsela, comenzaron a andar y el mastín se quedó mirando a Delfo como a la espera de algo.

—Romal —llamó, no se le ocurrió otro nombre—. Ven, vamos, ella ya está descansando.

El perro se levantó y salió tras ellos.

—Donato, ¿qué significa Romal?, Tristán lo ha llamado así, ¿no?... señor.

—Así es, Tristán cree en la Primatia, es una religión que acepta que todo el mundo fue creado por tres dioses, Rondal, Ronyal y Romal, cuando terminaron, los tres se pelearon por ser dueños de la Tierra. Ganó Ronyal el

que consideran Dios en la Tierra, Rondal pidió clemencia y Ronyal se la concedió y le asignó la tarea de cuidar de la entrada a la vida futura por donde tienen que pasar todos los animales incluidos los hombres. Sin embargo, Romal no pidió clemencia, sino que intentó destruir la Tierra con todo lo creado, por ello Ronyal lo destinó al inframundo una vez lo venció en un duelo y se encargó de que todo ser vivo que produzca mal en vida reciba un castigo por parte de Romal.

>>Por eso todo animal o persona que no pertenezca al mundo, pertenezca al inframundo o sea fuente de crueldad lo llaman Romal.

Delfo no sabía si cambiar de nombre al mastín, pero Donato lo tranquilizó poco después.

—Pero Romal es un nombre como otro cualquiera y tan bueno para un perro como para otro animal.

Regresaron a la fortaleza montados sobre sus caballos. Al alcanzar la mitad del recorrido de vuelta, Nakko se puso a su lado e hizo una señal a Donato, éste asintió y se quedó un poco atrás donde venía Romal.

—A partir de hoy seré tu tutor —le espetó el Guerrero—. Has presenciado todas las últimas reuniones entre nosotros, además estuviste presente en la discusión que tuvimos Donato y yo el otro día, fuiste testigo del juramento que profirió tu antiguo tutor y lo que me concedía, por ello a partir de mañana haré de ti el mejor hombre de armas jamás visto en los tres continentes.

—¿Quieres que sea el próximo Guerrero, señor?

—No es eso, aunque si llegado el momento me lo pides te cederé mi lugar como guía. Lo que te pido es que saques a la luz la verdad sobre el asunto de Ervigio y si resulta que fue condenado injustamente quiero que ajusticies como se merece a todo aquél que urdiera el engaño contra su persona, yo te ayudaré si se da el caso.

>>Sé que lo que te pido puede ser una carga demasiado grande para un chico de tu edad, pero te prometo que haré lo que pueda para que no te pese tanto e intentaré darte más de lo que tú consigas para mí.

—No sé qué decir, señor.

—No digas nada, por lo menos todavía, pues no es ese todo el peso que tendrás que soportar sobre tus hombros.

A Delfo le pareció que todo aquello le venía grande, más aún si todavía no le había dicho todo lo que le tenía que decir. No sabía si aquello había sido idea solo de Nakko, al igual que lo de enterrar a Ela, o si por el contrario también tuvo algo que ver Donato. Eso es lo que parecía desde luego, porque su hasta entonces tutor no había hecho gesto alguno de desaprobación o reproche.

—Todos los días cuando tengas algún tiempo libre, irás a hablar con Donato, los dos os encargareís de buscar todas las pruebas posibles sobre

Ervigio, mientras, yo saldré de ronda para ver si encuentro a alguno de esos soldados extraviados.

—Eso haré si me lo ordena, señor —respondió Delfo casi consternado.

—No es todo, también quiero que te intentes especializar en la sanación, Velaro te dará permiso para que vayas a la biblioteca y le hagas todas las consultas que quieras. Y eso no es lo más importante de todo. ¿Recuerdas esta mañana cuando te levantaste?

—Sí, no sabía que ese cuarto estuviera ocupado, ¿tienes alguna pertenencia allí, señor?

—Llevo visitando unos cuantos días esa estancia y no, no es que ande llevando y trayendo cosas que en mi habitación no me caben. —Paró de hablar un instante.

—Entonces, ¿qué es...

Antes de que terminara la pregunta, Nakko lo interrumpió.

—No es algo mio lo que hay en esa habitación, es además de una carga y una responsabilidad un gran regalo para ti.